

# “CAPITALISMO IMPRESO” Y “MEMORIA Y OLVIDO” EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES POSTCOLONIALES RIOPLATENSES

Diana Marre

## 1. INTRODUCCIÓN

EN 1991, en el “Prólogo a la segunda edición” de su libro *Comunidades Imaginadas*,<sup>1</sup> Benedict Anderson hizo balance de la primera edición. Dijo que, en aquella ocasión se había propuesto insistir en los orígenes del nacionalismo en el Nuevo Mundo porque

los estudiosos europeos, habituados en su presunción de que todo lo importante que ha ocurrido en el mundo moderno se originó en Europa, con demasiada facilidad tomaron como punto de partida los nacionalismos etnolingüísticos de “segunda generación” (húngaros, checos, griegos, polacos, etc.) en sus modelos, sin que importara que estuviesen en “pro” o en “contra” del nacionalismo.<sup>2</sup>

A pesar de que creía que esa intención había sido muy evidente en su obra, descubrió en

muchas de las noticias de *Comunidades imaginadas* que este provincianismo eurocéntrico permanece impávido, y que el decisivo capítulo sobre las Américas como originadora pasaba casi enteramente inadvertido.

Para resolverlo, en su segunda edición, intentaba una solución “instantánea” (*sic*), (re)titulando a ese capítulo como “Los pioneros criollos”.<sup>3</sup>

Resulta difícil no coincidir con Anderson en sus afirmaciones respecto de esa especie de necesidad de primogenitura y exclusivismo, a la que llamó “provincianismo eurocéntrico”, en la que parece insistir Europa al analizar su historia. No es difícil comprobar que el análisis de los nacionalismos etnolingüísticos de “segunda generación”, los “típicamente” europeos, tuvo la mayor acogida si se la mide en la cantidad de obras y artículos dedi-

<sup>1</sup> Benedict Anderson: *Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Londres: Verso, 1983 (versión inglesa revisada: Verso, 1991; versión castellana: Fondo de Cultura Económica, 1993). 1993.

<sup>2</sup> Anderson [1991] 1993, *op. cit.*, 13-14.

<sup>3</sup> *Idem*, 14.

cados a comprobar la validez —o infuncionalidad— de su propuesta.<sup>4</sup> Un “provincianismo eurocéntrico” que también puede comprobarse actualmente, en el tratamiento académico y político que se está dando a un tema que Anderson trató como una continuidad de sus análisis sobre nación y nacionalismo en un artículo de 1994,<sup>5</sup> el de la inmigración. En este caso, también resulta difícil hallar en la comunidad académica y política europea la búsqueda de referentes útiles para sus análisis fuera del ámbito europeo, en el americano, por ejemplo.

En cuanto a la dispar acogida que tuvieron los distintos capítulos de la primera edición de la obra de Anderson, también es cierto que ello pudo responder, entre otras, a dos causas. Por una parte es evidente, aunque Anderson no lo mencione explícitamente, que en los años inmediatamente posteriores a esa primera edición, la caída del muro de Berlín y las consecuencias de la disolución de la Unión Soviética y la reconstitución de un conjunto de antiguas naciones, contribuyeron a una especie de ensimismamiento europeo en la búsqueda y análisis de unas particularidades históricas que debían proporcionar también, entre otras cosas, estrategias de acción política.

Por otra parte, para el escaso impacto de sus “nacionalismos de primera generación” que Anderson advirtió en 1991 entre la comunidad científica, pueden hacerse dos consideraciones: la primera, que es probable que el propio Anderson también estuviese cayendo en una especie de “provincianismo académico”, pues es evidente que su balance desalentador responde casi exclusivamente al análisis del impacto producido por su obra en la comunidad científica en lengua inglesa, la cual si bien es cierto es la lengua por excelencia de la comunidad científica, no es menos cierto que no es la única, especialmente si se tiene en cuenta que una parte sustancial de los “pioneros criollos” no tenían como lengua mayoritaria la inglesa. Esa especie de “provincianismo académico” de Anderson, se advierte, por tanto, en una cierta ignorancia del impacto de su obra en comunidades científicas no inglesas. Ha hecho caso omiso de que un conjunto nada despreciable de la comunidad científica internacional se ha dedicado en estos últimos veinte años, con un interés similar al de la comunidad científica europea por los nacionalismos, al análisis de la construcción de sociedades postcoloniales, algo que él mismo hace, luego, en su obra de 1998.

<sup>4</sup> No es intención de este trabajo discutir las diferentes teorías sobre naciones y nacionalismo y su mayor o menos infuncionalidad en relación con distintos ámbitos de análisis. Baste decir que las cuatro grandes teorías sobre naciones y nacionalismo reconocidas actualmente: la de los primordialistas, la de los perennialistas, la de los modernistas en sus distintas versiones y la de los etnosimbolistas, muestran una singular vitalidad a juzgar por el nivel de producción científica que muestran. En relación con los primordialistas, en la Conferencia Internacional de la Asociación Europea de Antropólogos Sociales, la VIth, *Crossing Categorical Boundaries. Politics as Religion/Religion as Politics*, realizada en julio de 2000 en Cracovia, el workshop más concurrido fue “Rethinking Primordialisms: Kinship, Religion, and Ethnicity in the Formation of Modern Nationalism” organizado por Josep R. Llobera y Joan Bestard, cuyos resultados serán publicados próximamente por la serie EASA Routledge. En relación con los perennialistas, un trabajo proporciona un estado del arte de esa corriente: Adrián Hastings: *La construcción de las nacionalidades. Etnicidad, religión y nacionalismo*, Cambridge: Cambridge University Press, 2000 (1ª edición en inglés de 1997). En relación con los modernistas, puede hallarse un balance sobre su producción en Anthony D. Smith: *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, Londres and Nueva York: Routledge, 1998 y, en parte, en Benedict Anderson: *The Spectre of Comparisons. Nationalism, Southeast Asia and the World*, Londres-Nueva York: 1998. En relación con los etnosimbolistas, puede hallarse un estado del arte en Anthony D. Smith: *Nationalism and Modernism. A critical survey of recent theories of nations and nationalism*, Londres and Nueva York: Routledge, 1998 y Anthony D. Smith: *Myths and Memories of the Nation*, Oxford: Oxford University Press, 1999. Para un estado de la cuestión en general sobre los debates entre las distintas corrientes, puede verse la “Introduction” de Smith 1999, 3-27 y Josep R. Llobera: *Recent Theories of Nationalism*, Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona i Diputació de Barcelona, 1999 (Working papers número 164 del Institut de Ciències Polítiques i Socials).

<sup>5</sup> Benedict Anderson: “Exodus”, *Critical Inquiry*, 20, nº 2, Winter 1994. Unido a otro artículo “Long-Distance Nationalism: World Capitalism and the Rise of Identity Politics” constituye el capítulo 3, Parte I de Anderson 1998, *op. cit.*, 58-77.

Claro que, como antes, ese conjunto nada despreciable de la comunidad científica internacional no es, por razones obvias, precisamente europea, a excepción hecha de algunos casos como el de Irlanda, con una cierta tradición en estudios postcoloniales, y el de Portugal que, aunque iniciados más recientemente, muestran un singular interés por esta línea de análisis desde esa perspectiva teórica.

La segunda consideración es que, no es menos cierto que el escaso interés que Anderson percibió respecto de los “pioneros criollos” pudo responder, también, al tratamiento dispar, en calidad y cantidad, que el propio Anderson dedicó a esos nacionalismos de primera generación, los que recibieron el menor y menos específico de sus análisis. El propio Anderson da, sin proponérselo, dos pistas sobre las posibles causas de ello, también en el prólogo a la segunda edición de su obra, al señalar que en 1983, año de su primera edición, era “incapaz de leer en español”,<sup>6</sup> lengua mayoritaria de una parte sustancial de “los pioneros criollos”, y al advertir que el material empírico trabajado en uno de los “apéndices” agregado a la segunda edición, “La memoria y el olvido”, “se relaciona casi exclusivamente con la Europa occidental y con el Nuevo Mundo, *regiones sobre las cuales mi conocimiento es muy superficial*”.<sup>7</sup> Es decir que sobre el Nuevo Mundo, los “pioneros criollos”, confluyeron dos carencias: la del manejo de la lengua de muchos estudiosos, incluido Anderson, y la del conocimiento sobre el área en su conjunto.

Los dos nuevos capítulos que Anderson agregó en la segunda edición fueron “El censo, el mapa y el museo” y “La memoria y el olvido”. En el primero, analizó la forma en que el estado del siglo XIX engendró la gramática de los nacionalismos, es decir, cómo el estado imaginó a sus adversarios, incluso antes de que existieran, a través de imágenes proporcionadas, entre otras, por una serialización abstracta de las personas producida por los censos. El segundo apéndice surgió, según su propia confesión “del humillante reconocimiento de que en 1983 yo había citado a Renán sin la menor comprensión de lo que él había dicho en realidad”.<sup>8</sup> Al volver sobre la propuesta de Renán,<sup>9</sup> Anderson advirtió que, con posterioridad a 1820, más que el fantasear característico del pensamiento nacionalista, lo importante era la alineación estructural de la “memoria” nacionalista con las convenciones internas de la biografía y la autobiografía modernas.<sup>10</sup>

Más tarde, en su obra de 1998, Anderson retomó las ideas de esos dos capítulos para analizar la importancia que tenía en la formación de las subjetividades colectivas el material, institucional y discursivo, con que se forman dos tipos de serialidades profundamente contrastantes. La serialidad definida, la institucional y gubernamental como los censos, a través de categorías predefinidas clasifica y delimita, de manera individual, a los integrantes de una nación. La serialidad indefinida, la editorial, como los periódicos<sup>11</sup> y otras formas de literatura define, a través de representaciones, a los integrantes de la nación pero ya no individualmente, sino de forma plural y abstracta.<sup>12</sup>

Si Anderson, diez años después de la segunda edición de su primera obra y a tres años de la segunda, volviera a intentar un balance de la acogida que tuvieron sus nuevas

<sup>6</sup> Anderson [1991] 1993, *op. cit.*, 13.

<sup>7</sup> Las cursivas son mías. *Idem*, 16.

<sup>8</sup> *Idem*, 15.

<sup>9</sup> E. Renán: “What is a nation?”, [1882] 1990, Homi K. Bhabha: *Nation and Narration*, Londres and Nueva York: Routledge.

<sup>10</sup> *Idem*.

<sup>11</sup> Uno de las primeras obras que analizaron la relación entre periódicos y nacionalismo fue Karl W. Deutsch: *Nationalism and social communication: an inquiry into the foundations of nationality*, Cambridge: Massachusetts Institute of Technology, 1966, 2nd ed.

<sup>12</sup> Anderson 1998, *op. cit.*, parte I, capítulo III. También Joan Bestard: “Parentesco y Nación en la Cultura Catalana: Relaciones concretas e Ideas Abstractas”, 2000, mimeo.

propuestas, seguramente volvería a hallar diferencias sustanciales. La serialidad definida, los censos, entre otros, está siendo estudiada en tanto que verdadera "categoría de identidad" en el análisis de la construcción de naciones e identidades nacionales, postcoloniales especialmente. Prueba de ello es, entre otras, un proyecto iniciado el año pasado e integrado por universidades inglesas y alemanas con financiación del Arts and Humanities Research Board denominado *Relics and Selves: Iconographies of the National in Argentina, Brazil and Chile, 1880-1890*.

In Argentina, Brazil and Chile the decade of the 1880s coincides with a new culturally-based discourse on the nation and nationalism. Institutions of cultural nationalism, which were created and strengthened in this period, fostered, reproduced and displayed the power of the nation through symbolic means. Museums, geographic societies, border commissions and international exhibitions all helped to define what and who composed the nation. This project investigates how institutions of cultural nationalism formed and fostered the creation of a new national consciousness in this period. An important component of this project are the iconographic sources, which range from paintings to ethnographic materials and border surveys. These images aided the institutionalization of the nation by giving citizens a shared iconology and by naturalizing the existence of each country.<sup>13</sup>

A la serialidad indefinida y a la memoria y el olvido, es decir aquello sobre lo que los integrantes de una nación han acordado que deben recordar y, también, olvidar, según la propuesta de Renán, es decir a la historia en tanto que relato que recupera la memoria de ciertos hechos y contribuye al olvido de otros, no parece que se le estuviese adjudicando el mismo papel de "categoría de identidad" que a la serialidad definida en la construcción de identidades nacionales. Incluso, a ésta sí suele analizársela bajo el gran acápite de "Historia",<sup>14</sup> como si los aspectos instrumentales y metodológicos de la disciplina tuviesen más entidad que el relato o la narración histórica en sí mismo. Esto, a pesar de que no han faltado en los últimos años propuestas teóricas como las de Hyden White<sup>15</sup> o de Paul Ricoeur,<sup>16</sup> quien ha publicado recientemente una nueva obra en la que analiza la fenomenología de la memoria, la epistemología de la historia y la hermenéutica de la condición histórica a través del análisis de las representaciones del pasado.<sup>17</sup>

Otras formas de la narración, como la literatura, la de viajes incluida, de la mano de Raymond Williams,<sup>18</sup> Mary Louise Pratt,<sup>19</sup> Rennie<sup>20</sup> o Edward Said,<sup>21</sup> entre otros, sí se

<sup>13</sup> (<http://www.bbk.ac.uk/llc/es/vm/index.html>).

<sup>14</sup> Bill Ashcroft et al., eds.: *The Post-colonial studies reader*, Londres and Nueva York: Routledge, 1995, parte XI.

<sup>15</sup> Hyden White: *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth Century Europe*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1973 (edición castellana en México: Fondo de Cultura Económica) y *The Content of the Form. Narrative Discourse and Historical Representation*, Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1987 (edición castellana en Barcelona: Paidós, 1992).

<sup>16</sup> Paul Ricoeur: *Soi-même comme un autre*, París: Éditions du Seuil, 1990 (edición castellana en Madrid: Siglo XXI, 1996) y *Temps et récit*, París: Éditions du Seuil, 1985, 3 vols. (edición castellana en México: Siglo XXI, 1995).

<sup>17</sup> Paul Ricoeur: *La mémoire, l'histoire, l'oubli*, París: Éditions du Seuil, 2000.

<sup>18</sup> Raymond Williams: *Marxism and Literature*, Oxford: Oxford University Press, 1977 (edición castellana en Barcelona: Península, 1997 (Colección Historia, Ciencia, Sociedad 265)) y *Culture and Society*, Londres: Fontana Books, 1980.

<sup>19</sup> Mary Louise Pratt: *Imperial Eyes. Travel Writing and Transculturation*, Londres-Nueva York: Routledge, 1992.

<sup>20</sup> Neil Rennie: *Far-Fetched facts. The Literature of Travel and the Idea of The South Seas*, Oxford: Clarendon Press, 1995.

<sup>21</sup> Edward, W. Said: *Orientalismo* [1978], Madrid: Libertarias-Prodhuvi, y *Cultura e Imperialismo* [1993], Barcelona: Anagrama, 1996 (Colección Argumentos).

ha considerado esencial en el análisis de la construcción de las naciones y las identidades nacionales y, por ello, ha dado lugar a una singular producción científica.<sup>22</sup>

Este trabajo se propone analizar, por un lado, la importancia de la difusión del capitalismo impreso y, por otro, el papel de la serialidad indefinida –periódicos y literatura e historia<sup>23</sup> con vocación de constituirse en literatura e historia nacional– y, en menor medida, de la serialidad definida –los censos– en la construcción de la nación e identidades nacionales en el Río de la Plata.

## 2. NACIÓN, “CAPITALISMO IMPRESO” Y “CIVILIZACIÓN”

Con escasas excepciones,<sup>24</sup> la mayor parte de los estudiosos de la nación y de las identidades nacionales asignan un papel destacado al lenguaje y a la producción escrita en el proceso de construcción y mantenimiento de la nación. La importancia atribuida al lenguaje y la producción de textos por los más destacados representantes de la corriente modernista como Kedourie, Hobsbawm, Gellner y Anderson ha sido ampliamente difundida, citada y contestada en los últimos años. Así, mientras que Kedourie<sup>25</sup> señaló que el surgimiento de las naciones y del nacionalismo era inseparable del proceso de la Ilustración y de sus productos y de la figura de Kant, Gellner<sup>26</sup> y Hobsbawm<sup>27</sup> las consideraron una consecuencia directa de la industrialización y del capitalismo y de las posibilidades que ambos proporcionaron para su difusión. Anderson, por su parte, ha sido sin duda, quien atribuyó la máxima influencia a lo que él denominó el “capitalismo impreso” en la construcción de las naciones y el nacionalismo, por su capacidad para contribuir a la construcción y difusión de una “comunidad política imaginada” comprendida y compartida por una mayoría que le confería horizontalidad.<sup>28</sup> La edición, contribuyó a la homogeneización de un lenguaje que permitió a una parte sustancial de la población acceder a un mis-

<sup>22</sup> Para el caso argentino específicamente, puede verse Adolfo Prieto: *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*, Buenos Aires: Sudamericana, 1996; Ricardo Cicerchia: *Journey, Rediscovery and Narrative: British Travel Accounts of Argentina*, Londres: University of Londres, 1998; Diana Marre: “La continuidad de la exclusión en el proceso de construcción de la nación: ediciones y (re)ediciones”, Nash y Marre, eds., *Multiculturalismo y género. Perspectivas interdisciplinarias*, Barcelona: Bellaterra, 2001, en prensa.

<sup>23</sup> Entre los estudiosos de las naciones y de las identidades nacionales, también John Armstrong (*Nations before Nationalism*, Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1982) y “Towards a theory of nationalism: consensus and dissensus”, Sukumar Periwal (ed.), *Notions of Nationalism*, Budapest: Central European University Press, 34-43), John Hutchinson (*The Dynamics of Cultural Nationalism: The Gaelic revival and the Creation of the Irish Nation State*, Londres: Allen and Unwin, 1987) y *Modern Nationalism*, Londres: Fontana, 1994) y Anthony Smith (Smith 1998 y 1999, *op. cit.*), los etnosimbolistas más reconocidos, postulan que son los mitos, la memoria, las tradiciones y los símbolos los que confieren identidad nacional. Elementos culturales e históricos que definen el territorio, el patrimonio y los recursos, es decir, los motivos para el conflicto pero también para la solidaridad, es decir para el olvido y para la memoria. Una razón por la que atribuyen a los historiadores un rol esencial no sólo en la delineación de la nación sino también en el redescubrimiento, transmisión y análisis de los elementos que constituyen su base cultural. Smith 1999, *op. cit.*, 9-10.

<sup>24</sup> Dos corrientes internas del primordialismo que consideran a la nación como del orden de lo natural o como una extensión de las relaciones de parentesco.

<sup>25</sup> Elie Kedourie: *Nationalism*, Londres: Hutchinson, 1960.

<sup>26</sup> Ernest Gellner: *Thought and Change*, Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1964, *Nations and Nationalism*, Oxford: Basil Blackwell, 1983 y *Nationalism*, Londres: Weidenfeld and Nicholson, 1997 (edición castellana en Barcelona: Ciencias Sociales/Destino, 1998).

<sup>27</sup> Eric Hobsbawm y Terance Ranger (eds.): *The Invention of Traditions*, Cambridge: Cambridge University Press, 1983 y Eric Hobsbawm: *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge: Cambridge University Press, 1990.

<sup>28</sup> Anderson [1991] 1993, *op. cit.*

mo mensaje —o discurso— e identificarse a través de él con otras personas conformando comunidades de pertenencia.<sup>29</sup>

Cuando Jürgen Habermas analizó la construcción de la “opinión pública” durante la Ilustración, halló que fue favorecida por el funcionamiento de un asociacionismo que difundía sus propuestas de nuevas formas de ordenamiento social a través de la circulación masiva de escritos,<sup>30</sup> que contribuían a la construcción de una comunidad imaginada compartida. En la última parte del siglo XVIII ilustrado, junto a la idea de nación, surgió también la noción de “respetabilidad”,<sup>31</sup> es decir, de una forma de vida basada en ciertas costumbres que conducirían a un nuevo orden social. La “respetabilidad” era el resultado de un “proceso de civilización”, en palabras de Norbert Elías,<sup>32</sup> que si bien había comenzado antes, durante el siglo XVII, alcanzó su madurez a fines del siglo XVIII y acabó definiendo la moral moderna.

Cuando definió el “proceso de civilización”, Norbert Elías vinculó las ideas de cultura y de costumbres para acabar hablando de “civilización de las costumbres”.<sup>33</sup> Con el objeto de modificar las conductas individuales, se instalaron nuevos mecanismos de control y represión que frenaban los afectos, censuraban las pulsiones e incrementaban el pudor<sup>34</sup> y, desarrollaba una nueva urbanidad que debía enseñarse en las escuelas y practicarse —o al menos era deseable que así fuese— en la familia, es decir, no sólo en los espacios públicos sino también en los privados. Una nueva urbanidad que se difundió también a través de la edición de textos en series cada vez mayores para más sectores y más populares.<sup>35</sup>

En su artículo “Respuesta a la pregunta ¿Qué es la Ilustración?” de 1784, Kant analizaba cuáles eran las condiciones necesarias para que la Ilustración, a la que consideraba la mayoría de edad de la humanidad, se produjese. Para él, el avance de la Ilustración no sería el resultado de modificaciones operadas por individuos aislados unos de otros, librados a su suerte y decisión, sino de una organización de la comunidad que propiciara, aunque fuera de manera compulsiva, la expansión de la Ilustración. De la misma manera que sucedía con la opinión pública política, la “sociedad civil universal”, según Kant, estaba constituida sólo potencialmente por *todos* “los seres humanos”, puesto que sólo cuando ambas

<sup>29</sup> Hugo Gaggiotti: *La pampa desde Santa Rosa. Construcción y representación de un espacio marginal de Buenos Aires*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1997. Tesis doctoral.

<sup>30</sup> Jürgen Habermas: *Strukturwandel der Öffentlichkeit*, Neuwied: Luchterhand V., 1962 (existen varias ediciones en castellano, una de ellas *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona: G. Gili, 1981).

<sup>31</sup> George Mosse: *Nationalism and Sexuality. Middle-Class Morality and Sexual Norms in Modern Europe*, Madison: The University of Wisconsin Press, Mosse 1985, 5.

<sup>32</sup> Norbert Elías: *El proceso de civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* [1977], México: Fondo de Cultura Económica, 1989.

<sup>33</sup> Elías articuló en la larga duración la construcción del estado y para ello se basó en el análisis de la interdependencia social y de las formas de la economía psíquica, evaluadas ambas a través de la modificación de las normas que delimitaban las conductas individuales.

<sup>34</sup> Muchembled y Martín-Barbero, entre otros, han señalado que en los mecanismos de represión de las culturas populares puede hallarse, desde finales del siglo XVIII, alguno de los rasgos preparatorios de esa masificación cultural que se hizo más visible durante el siglo XIX y cuya dinámica de homogeneización mostró su verdadero alcance en los procesos de exclusión/inclusión a que dio lugar en la sociedad contemporánea. Robert Muchembled: *Culture populaire et culture des élites dans la France moderne: XVIe-XVIIIe siècle*, Paris: Flammarion, 1978; *L'Invention de l'homme moderne: sensibilités, moeurs et comportements collectifs sous l'Ancien Régime*, Paris: Fayard, 1988; *Société et mentalités dans la France moderne: XVIe-XVIIIe siècle*, Paris: Armand Colin, 1990 y Jesús Martín Barbero: *De los medios a las mediaciones. Comunicación, cultura y hegemonía*, Barcelona: Gustavo Gili, 1987.

<sup>35</sup> Roger Chartier: *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona: Gedisa, 1992, II.

entidades — todos los seres humanos y la sociedad civil universal— fueran asimilables o idénticas, la era general de las Luces habría llegado.<sup>36</sup>

Desde la última parte del siglo XVIII europeo, entonces, junto a la idea de nación, se puso en marcha un proceso de homogeneización cultural anclado a un modelo de “sociabilidad”,<sup>37</sup> basada en un conjunto de “buenas costumbres” orientadas por la idea de “respetabilidad”, que conduciría a las sociedades a la “civilización”. Ese mundo ideal europeo, con esas características y objetivos, definió a la “otredad” a través de la “barbarie” y el “salvajismo”. La barbarie sobrevivía en los márgenes de las ciudades y en ámbitos no urbanos caracterizado por el aislamiento y la falta de ley, es decir, fuera de la acción y control de un poder político centralizado. Para el caso francés, como han demostrado Elías<sup>38</sup> y Muchembled,<sup>39</sup> entre otros, la tarea se centraba en convertir al campesino en ciudadano. El salvajismo, se hallaba en las áreas del mundo desconocidas o sin contacto con el mundo “civilizado” o en “proceso de civilización”.

La sociabilidad emergente de la asociación entre las ideas de nación y “civilización” fue de gran utilidad para las élites que encarnaban a la nación, quienes las difundieron como pautas de “distinción” social que al homogeneizar culturalmente, conducían a una sociedad nueva y pacificada. Es decir, que los mecanismos identitarios nacionales de pertenencia a una comunidad se vinculaban, desde esta perspectiva, a pautas específicas de sociabilidad sobre las que se construiría una sociedad “civilizada” que produciría, al mismo tiempo que era producida por, una cultura nacional específica. Las identidades colectivas, entonces, se constituían y consolidaban a partir de una representación mental, de un imaginario social. La representación cultural, como ha señalado Nash, delimita una identidad mediante imágenes, ritos y múltiples dispositivos simbólicos cuyas diferencias no sólo son enunciadas sino también reafirmadas a través de registros culturales. Es así que las representaciones son, al mismo tiempo, productoras de lo social porque preanuncian desgloses y clasificaciones posteriores.<sup>40</sup>

Los periódicos, la literatura en general y la historia, la serialidad indefinida de Anderson, contribuyeron de manera significativa en la delineación de la comunidad imaginada, de forma plural y abstracta, y en la transmisión de una nueva forma de orden social sobre la que asentar la nación. La iconografía, la retórica, la arquitectura, junto con la literatura y la reinención de la memoria histórica, fueron todos, por ejemplo, elementos claves en la elaboración del nacionalismo alemán del siglo XIX.<sup>41</sup> De entre los registros culturales con que se delinea una identidad a través de diversos dispositivos simbólicos, la recuperación

<sup>36</sup> Emmanuel Kant: “Beantwortung der Frage: Was Ist Aufklärung?”, *Berlinische Monatsschrift*, 1784 (versión francesa: “Réponse à la question: Qu'est-ce que les Lumières”, *La Philosophie de l'histoire* [opuscules], París: Denoël/Gonthier, 1983).

<sup>37</sup> La “sociabilidad” como criterio de análisis ha sido uno de los temas centrales de los científicos sociales franceses de las últimas décadas, quienes la tomaron a fines de los años sesenta proveniente de los estudios sociológicos y de la mano de Maurice Agulhon, y desde donde se difundió, con significativa acogida, entre científicos sociales del resto de Europa y también de América, tal como ha señalado Jordi Canal en sus esclarecedores trabajos acerca del devenir de la utilización de ese paradigma en las ciencias sociales y humanas. Jordi Canal: “Dossier: Sociabilidad. En torno a Agulhon”, *Historia Social* 1997 (III) n° 29, 45-145. También de Jordi Canal había aparecido una evaluación de la difusión de la idea de sociabilidad. Jordi Canal: “El concepto de sociabilidad en la historiografía contemporánea (Francia, Italia y España)”, *Siglo XIX*, segunda época, número 13, enero-junio de 1993, 5-25.

<sup>38</sup> Elías, *op. cit.*

<sup>39</sup> Muchembled, *op. cit.*

<sup>40</sup> Mary Nash: “Identidades, representación cultural y discurso de género en la España Contemporánea”, Pedro Chalmeta *et al.*: *Cultura y culturas en la historia. Quintas Jornadas de Estudios Históricos organizadas por el Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea de la Universidad de Salamanca*, Salamanca: Ediciones de la Universidad de Salamanca, 1995, 191-203.

<sup>41</sup> *Idem.*

de una memoria histórica con vocación de constituirse en la historia de la nación, resulta de particular importancia a la hora de analizar la construcción de identidades nacionales. Para Chartier, las obras producidas dentro de un ámbito específico, como el de la historia que tiene sus propias reglas y jerarquías, toman densidad a través de su difusión en períodos de muy larga difusión.<sup>42</sup>

### 3. NACIÓN E IDENTIDADES NACIONALES RIOPLATENSES

Para el caso latinoamericano en general, Guerra, en la tradición científica de Norbert Elías, entre otros, propuso considerar a los proyectos nacionales latinoamericanos como formas –nuevas– de concebir esas comunidades humanas a través de una forma ideal de organización social.<sup>43</sup>

Otra producción científica sobre nación e identidades nacionales en América Latina ha señalado que allí la formación de los estados nacionales fue tardía, a pesar de que algunos se constituyeron por un acto jurídico relativamente temprano. Según señalan, no habría sido sino hasta la segunda mitad del siglo XIX o comienzos del siglo XX, que podría constatarse la existencia de una nación en América Latina. Hasta entonces, afirman que no se habría consolidado un estado capaz de integrar las economías regionales en una nacional, establecer un sistema educativo común y comunicar las regiones conformando un territorio nacional.<sup>44</sup> Tampoco se habrían consolidado las fronteras externas ni eliminado la fragmentación interior, ni se habría producido el control sobre el territorio imaginado para la nación por un poder político central. Desde esta perspectiva, no se habría producido la homogeneización cultural necesaria para conformar una nación en los términos de fines del siglo XVIII. Un retraso en la constitución y consolidación de un estado del que la historiografía tradicional rioplatense responsabilizó a la fragmentación del poder político y a las fronteras interiores producidas por el predominio del caudillismo, posterior a 1820, diez años después de iniciado el movimiento emancipador.

<sup>42</sup> Chartier 1992, *op. cit.*, XI.

<sup>43</sup> Para Guerra la nación constituye un modelo desde una doble acepción: como arquetipo, esto es, como algo perteneciente al orden de lo ideal y que, por tanto, sirve de referencia a la imaginación y a una acción conducente a plasmarlo en la realidad; pero también como modelo en cuanto a la forma en que se produce la formalización conceptual de un conjunto complejo de elementos ligados entre sí: esto es, como una combinación inédita de ideas, imaginarios, valores y, en consecuencia, comportamientos que incumben a la naturaleza de la sociedad, a su estructura íntima, al vínculo social, al fundamento de la obligatoriedad política y a sus derechos, esto es, la articulación de elementos que darían lugar a la comunidad imaginada de la que hablaba Anderson. François-Xavier Guerra: "Identidades e independencia: la excepción americana", François-Xavier Guerra y Mónica Quijada, coords., *Imaginar la Nación*, Münster-Hamburg: Lit Verlag, 1994 (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos. Cuadernos de Historia Latinoamericana, n° 2), 7-14, 13.

<sup>44</sup> Oscar Oszlak: *La conquista del orden político y la formación histórica del estado en Argentina (1862-1880)*, Buenos Aires: Estudios CEDES, 1980; José Carlos Chiaramonte: "La cuestión regional en el proceso de gestación del estado nacional argentino. Algunos problemas de interpretación", Marco Palacios, comp.: *La unidad nacional en América Latina. Del regionalismo a la nacionalidad*, México: El Colegio de México, 1983, 51-85; "Formas de identidad en el Río de la Plata luego de 1810", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* n° 1, 3ª serie, 1º trimestre 1989, 71-92; *La ilustración en el Río de la Plata. Cultura eclesiástica y cultura laica durante el Virreinato*, Buenos Aires: Puntosur ediciones, 1989; "Ciudad, provincia, nación: las formas de identidad colectiva en el Río de la Plata colonial", Massimo Ganci *et al.*, comps.: *Nuovo mondo e area mediterranea a confronto. Società siciliana per la storia patria*, Palermo: Gennaio, 1993, 415-441; "El mito de los orígenes en la historiografía latinoamericana", *Cuadernos del Instituto Ravignani* 2, Buenos Aires, Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani", 1993; "Acerca del origen del estado en el Río de la Plata", *Anuario del IEHS* 10, Tandil, Argentina, 1995, 27-50; *Ciudades, provincias, Estado: los orígenes de la nación argentina (1800-1846)*, Buenos Aires: Ariel, 1997.



Retrato de grupo en Buenos Aires, 1900

Otras voces,<sup>45</sup> sin embargo, plantearon que la imposibilidad de reconocer hasta la última parte del siglo XIX a una nación y a un nacionalismo del tipo de la segunda o tercera generación posibilitado por un estado consolidado con capacidad de difundir la idea de nación a través de mecanismos como las escuelas o los censos, no es una prueba suficiente de la inexistencia en el Río de la Plata de una “comunidad imaginada” e, incluso, de un discurso sobre la nación antes de esa época. La caída del poder central de 1820 no habría sido acompañada de un vacío institucional sino que entre 1820 y 1830 se habrían desarrollado un conjunto de estados autónomos sobre la base de las ciudades-provincias históricas.<sup>46</sup> Por responder a preocupaciones compartidas de plena vigencia, estos análisis involucraron –e involucran– en los últimos tiempos no sólo a la comunidad científica sino también a la clase política.<sup>47</sup>

Unos y otros, sin embargo, coinciden en señalar que fue al finalizar las guerras de la independencia, en 1816, cuando se volvió urgente delimitar una identidad nacional que, al disiparse el enemigo común, España, que aglutinaba al frente revolucionario, evitase la

<sup>45</sup> Pilar González Bernaldo: “La ‘identidad nacional’ en el Río de la Plata post-colonial. Continuidades y rupturas con el Antiguo Régimen”, *Anuario del IEHS “Prof. Juan Carlos Grosso”* 12, Tandil: UNCPBA, 1997, 109-122.

<sup>46</sup> Chiaramonte 1997, *op. cit.*

<sup>47</sup> Desde la comunidad científica, algunos investigadores, siguiendo a Anderson, indicaron que los estados latinoamericanos, al igual que los Estados Unidos, se incorporaron muy tempranamente al “concierto de las naciones”. Estuvieron entre los primeros que para consolidar su independencia y constituir su identidad postcolonial, apelaron a la idea de soberanía de la nación basada en el pueblo, sin que esa reivindicación estuviese precedida de movimientos que puedan ser calificados de nacionalistas. Guerra 1994, *op. cit.*, 9.

disolución política y la "guerra social" a través de la consolidación de una "conciencia nacional" a la que se subordinaran otras formas de identidad como las regionales<sup>48</sup> y de género.<sup>49</sup>

A pesar de la larga tradición que ha buscado los orígenes de la nación o de las identidades nacionales rioplatenses en un momento posterior a la emancipación, hay quienes, como Rieckenberg han señalado que

en la región del Plata, concretamente en Buenos Aires, el desarrollo de la idea del ciudadano encontraba un espacio en una nueva esfera de la opinión pública hacia finales del siglo XVIII.<sup>50</sup>

Desde esta perspectiva podría considerarse a la construcción de identidades nacionales como un fenómeno registrable en América Latina, desde fines del siglo XVIII, lo cual significaría desvincular dicho proceso de los movimientos independentistas, algo perfectamente posible si se acepta, al menos en principio, que al igual que en Europa, fue en torno de la idea de "civilización", es decir de una construcción cultural, y no de una construcción política, la independencia, que se delinearon las identidades nacionales latinoamericanas y rioplatenses.

Ello puede comprobarse a través del análisis de los elementos que conformaron la serialidad indefinida y, en parte, la definida, en palabras de Anderson, en la construcción de la nación en el Río de la Plata, lo cual se desarrollará en los siguientes puntos de este trabajo.

#### 4. COMBATES POR LA NACIÓN A TRAVÉS DE LAS GUERRAS Y LAS EDICIONES: CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

No sólo en las guerras civiles se combatió por el proyecto de nación. Los grupos en pugna eran conscientes no sólo de que la nación también se construía y fundaba sobre elementos culturales sino que, además, debían instrumentar los medios para transmitirlos y reproducirlos.

Después de la emancipación del Plata de mayo de 1810 y de la independencia de julio de 1816, se inició en 1820, la "década de la anarquía" o de "derrumbe del poder nacional",

<sup>48</sup> Elías José Palti: "Imaginación histórica e identidad nacional en Brasil y Argentina. Un estudio comparativo", *Revista Iberoamericana* LXII, 174, 1996, 47-69, 49.

<sup>49</sup> Para el caso argentino, con una mirada desde la teoría de género en el análisis de la constitución, definición o redefinición de identidades nacionales puede verse, entre otros, Francine Masiello: *Between Civilization and Barbarism: Women, Nation and Literary Culture in Modern Argentina*, Lincoln: University Press of Nebraska, 1992 (edición castellana en Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo, 1997 (Estudios Culturales)); Catherine Davies: "Review Essay. Women and a Redefinition of Argentinian Nationhood", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 12, n° 3, 1993, 333-341; Lelia Area: "El periódico *Álbum de señoritas* de Juana Manso (1854): una voz doméstica en la fundación de una nación", *Revista Iberoamericana*, vol. LXIII, núm. 178-179, enero-julio 1997, 149-171; Diana Marre: *Identidades de clase, de género y de raza en la construcción de la sociedad postcolonial rioplatense: la china*, Barcelona: Universitat de Barcelona, 1999. Tesis doctoral. Entre ellas, hay quienes señalaron que en el temprano siglo XIX la imagen de la mujer fue decisiva para el debate acerca de esa definición y, por ello, fue utilizada por casi todos los grupos en pugna para realzar su misión en ese proceso al punto de que hay quienes piensan que se fue "construyendo una versión canónica de la historia y la literatura argentinas a partir de los dramas femeninos", Francine Masiello: "Ángeles en el hogar argentino. El debate femenino sobre la vida doméstica, la educación y la literatura en el siglo XIX", *Anuario IEHS* 4, Tandil, Argentina, 1989, 265-291.

<sup>50</sup> Michael Rieckenberg: "El concepto de la nación en la región del Plata (1810-1831)", *Entre pasados. Revista de Historia*, año III, n° 4-5, fines de 1993, 89-102, 93-94.

en la que se enfrentaron dos proyectos para la nación. Los unitarios<sup>51</sup> eran partidarios de un gobierno liberal y centralizado en Buenos Aires mientras que los federales<sup>52</sup> proponían un estado federal con poder político y económico compartido y liderado alternativamente por las provincias históricas. En 1826, el primer presidente Bernardino Rivadavia,<sup>53</sup> propuso la sanción de una constitución unitaria que fue rechazada por las provincias históricas y que condujo a la suspensión del sistema presidencialista, que sólo se reinstaló en 1860 con la presidencia de Bartolomé Mitre.<sup>54</sup> Se trata de dos hombres, el primer presidente de las provincias independientes del Plata y el primer presidente de la Argentina unificada que conviene tener presente a lo largo de este trabajo.

Los principales propulsores del proyecto unitario eran los intelectuales de la “generación del 37”. Entre ellos se hallaba Juan Bautista Alberdi,<sup>55</sup> autor del libro en que se basó

<sup>51</sup> Grupo político que sostenía los principios del liberalismo bajo un gobierno centralizado que convertía a las provincias en distritos administrativos, según se comprueba en las constituciones de 1819 y 1826 que no fueron sancionadas por oposición de las provincias interiores.

<sup>52</sup> En general se utiliza el término federal para designar al período dominado por la figura de Juan Manuel de Rosas entre 1829 y 1852. Mientras los unitarios propiciaban un gobierno centralizado con Buenos Aires como capital, los federales luchaban por la descentralización y por el reconocimiento y la autonomía de las provincias históricas. El período de gobierno de Rosas produjo una división política del territorio nacional entre los diferentes territorios gobernados por distintos caudillos provinciales. Más sobre los caudillos puede verse en: Noemí Goldman y Ricardo Salvatore (comps.): *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*, Buenos Aires: EUDEBA, 1998 y Donghi Halperín, Jorge Tulio y Lafforgue: estudio preliminar y edición respectivamente, *Historias de caudillos argentinos*, Buenos Aires: Extra Alfaguara, 1999.

<sup>53</sup> Nació en Buenos Aires en 1780, dos años después de la creación del virreinato del Río de la Plata. Intervino en el proceso revolucionario de Mayo tras la figura radicalizada de Mariano Moreno. Fue secretario de Guerra del Primer Triunvirato de gobierno (1811) desde el que mostró su apoyo a un gobierno centralizado en Buenos Aires que caracterizaría toda su acción de gobierno posterior. Estuvo en Londres entre 1814 y 1820 buscando apoyo para la independencia. De regreso en Buenos Aires fue ministro de Martín Rodríguez entre 1820 y 1824. Luego, entre 1826 y 1827, fue el primer presidente. Su tarea de gobierno constituye todavía un tema de discusión historiográfica nacional aunque puede señalarse su influencia en el reconocimiento de la independencia, la delimitación de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, la convocatoria de un Congreso Nacional Constituyente en 1824 y la elaboración de la constitución de 1826, la sanción de reformas para una mayor secularización y la creación de la Sociedad de Beneficencia, la instalación de un sistema de distribución y uso de la tierra, el estímulo de la agricultura a través de colonias agrícolas con población europea, de la minería y de “modernización” de la ciudad de Buenos Aires a través de un programa de obras públicas con préstamos internacionales. En 1827, renunció a la presidencia y marchó al exilio en Cádiz en 1829 donde murió en la más absoluta pobreza, un destino inusual para un argentino que desde San Martín hasta Borges pasando por Juan Manuel de Rosas y Cortazar siempre escogieron Francia o Inglaterra para su retiro y/o muerte.

<sup>54</sup> Nació en Buenos Aires en 1821, en la década del “derrumbe del poder central”. En 1825, se trasladó con su familia a Montevideo. En 1836, regresó a Buenos Aires, a aprender las tareas rurales en la propiedad de los Rosas. Allí conoció a Juan Manuel de Rosas, con quien no estableció una buena relación. Más tarde, volvió a Montevideo, de donde no pudo salir por su oposición a Rosas. En 1837 entró en la Academia de Periodismo, y comenzó a colaborar con distintos diarios como *El Iniciador* y *El Nacional* (dirigidos por Lamas), *El Talismán* (de Juan María Gutiérrez y Rivera Indarte), y *El Tirteo* y *El Corsario* (dirigidos por Juan Bautista Alberdi). En 1848, se exilió en Chile donde codirigió con Alberdi *El Comercio* de Valparaíso y escribió en *El Progreso*, creado por Sarmiento. En 1852 junto a Sarmiento, entre otros, decidió marchar a Uruguay para luchar contra el régimen rosista en decadencia. Entró al país para participar de la batalla de Caseros donde Rosas fue derrotado. Su oposición a Urquiza, el vencedor de Rosas, lo condujo al destierro nuevamente en Montevideo de donde regresó para combatir contra la Confederación del lado de Buenos Aires. En 1861 se hizo cargo interinamente del Gobierno Nacional, la antesala de su elección como presidente en 1862. En 1865, fue elegido Jefe Supremo de los Ejércitos de la Triple Alianza (Argentina, Brasil y Uruguay), que combatieron contra Paraguay en la última gran guerra del área que consolidó las fronteras externas del territorio imaginado para la nación. Retomó la presidencia entre 1868 y 1870 y, al final de la misma, fundó el diario *La Nación*, sobre la base de *La Nación Argentina* y la imprenta de Juan María Gutiérrez. En 1902, a los 80 años, Mitre se retiró de la política y el 19 de enero de 1906, después de una larga agonía, murió en su casa de Buenos Aires. “Los orígenes de la ciencia argentina en Internet”, *Colecciones: Proyecto Ameghino*. [http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca\\_digital/](http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/)

<sup>55</sup> Juan Bautista Alberdi (1810-1884) es considerado uno de los intelectuales de mayor incidencia en la

luego la primera constitución nacional,<sup>56</sup> y Domingo Faustino Sarmiento,<sup>57</sup> formulador de la dicotomía cultural civilización/barbarie,<sup>58</sup> de honda repercusión no sólo en la construcción de la nación argentina sino también en el resto de América Latina. Entre los federales se hallaba Facundo Quiroga, gobernador de la provincia de La Rioja, utilizado como modelo de "barbarie" por Sarmiento en su obra, y Juan Manuel de Rosas,<sup>59</sup> de la provincia de Buenos Aires, influyente caudillo utilizado por J. Lynch para estudiar la estructura clientelar del mundo rural latinoamericano.<sup>60</sup>

El primer presidente, Bernardino Rivadavia, líder unitario, para sus combates por la nación, contrató

a numerosos científicos europeos para que viniesen al país a encabezar una nueva revolución: la de la cultura y la ciencia; la de la creación de las instituciones rectoras del pensamiento nacional de toda la centuria.<sup>61</sup>

Se informó sobre las instituciones culturales y educativas europeas "que luego copiaría en el país, en su carácter de Presidente de las Provincias Unidas del Río de la Plata"<sup>62</sup> y, como Ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, creó la Universidad de Buenos Aires, el Museo Público de Buenos Aires, el Gabinete de Física, el Registro Oficial, las escuelas de campaña, las legislaturas, los cementerios y el registro estadístico "entre otras

---

gestación y definición del proyecto de construcción y organización de la nación. Estudió en Buenos Aires, donde se vinculó a la Asociación de Mayo. Por su oposición de Rosas, tuvo que emigrar primero a Montevideo, Uruguay, y más tarde a Chile, a donde también emigraron Sarmiento y Mitre, entre muchos otros. En 1852, luego de la caída de Rosas, escribió su libro más influyente: *Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina* [1852], Buenos Aires: Estrada, 1943. Tras la derrota de Urquiza por las fuerzas de Buenos Aires comandadas por Mitre en 1861, Alberdi emigró a Francia donde residió hasta su muerte. Sus obras tuvieron una notable influencia en la organización de las instituciones políticas argentinas, especialmente Juan Bautista Alberdi: *Sistema económico y rentístico de la Confederación Argentina según su Constitución de 1853* [1854], Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1921 y *Estudios económicos. Interpretación económica de la historia política argentina y sudamericana* [1895], Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1934.

<sup>56</sup> Alberdi [1852] 1943, *op. cit.*

<sup>57</sup> Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) es considerado otro influyente intelectual de la construcción de la nación. A los 18 años se exilió en Chile a causa de su oposición a los poderes provinciales. Desde *El mercurio* de Valparaíso y *El progreso* de Santiago —fundado por él mismo—, intervino en la polémica lingüística y literaria sobre la independencia idiomática y sobre el romanticismo. Viajó a Estados Unidos, donde contactó con el pedagogo H. Mann, y a Europa en 1848 donde conoció a Balzac y a George Sand. Desde 1850, los exiliados formaron un frente con Justo José de Urquiza, caudillo de las provincias del litoral rioplatense para derrotar a Rosas. En la presidencia de Mitre fue ministro plenipotenciario en Washington. En 1868 fue designado presidente de la nación por su prestigio, entre otras cosas como educador y fundador de escuelas primarias y formadoras de maestros.

<sup>58</sup> Domingo Faustino Sarmiento: *Facundo o Civilización y Barbarie* [1845], Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1997 (12).

<sup>59</sup> Rosas nació en Buenos Aires en 1793. Intervino en la compañía de niños que luchó contra las invasiones inglesas de 1806-1807, regresando luego a las tierras de su familia para iniciar su larga vida de estanciero donde permaneció mientras se producían los acontecimientos revolucionarios de Mayo y hasta 1811. En las tierras familiares se constanció con la administración de grandes extensiones. Se independizó con un establecimiento en Los Cerrillos, sobre el río Salado, en las tierras de frontera con los indios. Urquiza, caudillo de la provincia litoral de Entre Ríos, también vinculada a la producción ganadera y uno de los generales más importantes de Rosas, lo derrotó con la ayuda de los unitarios, las fuerzas uruguayas de Rivera, el apoyo del Brasil y la mayor parte de los caudillos provinciales, en la batalla de Caseros de 1852. Rosas se exilió en Inglaterra donde murió en 1877 y sus restos fueron repatriados durante el último gobierno de Carlos Menem (1989-1999).

<sup>60</sup> John Lynch: *Caudillos in Spanish America, 1800-1850*, Oxford: Clarendon Press, 1992 (edición castellana en Madrid: Mapfre, 1993).

<sup>61</sup> "Los orígenes de la ciencia argentina en Internet", *Colecciones: Proyecto Ameghino*. [http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca\\_digital/](http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/)

<sup>62</sup> *Idem*.

importantes instituciones, fundamentales para el establecimiento de una verdadera Nación”,<sup>63</sup> realizaciones que justificó en que los más estrictos términos europeos –franceses– de la construcción de la nación

No hay instituciones que contribuyan tanto a la *civilización* de un pueblo, como las que inducen entre los individuos respeto recíproco en manera y en expresiones ... La ilustración pública es la base de todo sistema social bien reglado.<sup>64</sup>

También Juan Manuel de Rosas,<sup>65</sup> el líder federal que fue gobernador de Buenos Aires entre 1829 y 1852 después de la renuncia y exilio de Rivadavia en 1827, igual que antes éste, era consciente de la necesidad de fundar la nación sobre elementos culturales. Para ello creó dos comisiones encargadas de aconsejarle sobre la reorganización de la Universidad creada por Rivadavia y sobre los cambios a realizar en los libros de textos y en los programas de enseñanza.<sup>66</sup>

Sin embargo, esta certeza sobre la necesidad de elementos culturales a través de los que construir una comunidad plural y abstracta pueden percibirse en otras manifestaciones y decisiones políticas.

#### 4.1. *La serialidad indefinida en la construcción de la nación: periódicos, asociaciones y colecciones documentales*

La importancia de los periódicos en la conformación de una comunidad plural y abstracta a través de la difusión de un particular sistema de organización social, fue rápidamente advertida por el primer presidente de las provincias del Plata, Bernardino Rivadavia

Es cierto que la *opinión pública*, especialmente en países inexpertos... frecuentemente resiste a la acción del poder; pero ... sosteniéndose ésta ... por medio de la *instrucción*, de la libertad y de la *publicidad*, el triunfo es tanto más cierto y glorioso.<sup>67</sup>

Por ello, contactó en París a dos periodistas: Pedro de Angelis<sup>68</sup> y Joaquín de Mora<sup>69</sup> que llegaron al Plata en diciembre de 1826 y en enero de 1827, Rivadavia les encargó la redacción de dos periódicos *La Crónica Política y Literaria de Buenos Aires*, que circuló entre marzo y octubre de 1827, y *El Conciliador* que sólo tuvo un número, el del 1 de

<sup>63</sup> *Idem.*

<sup>64</sup> Las cursivas son mías. *Idem.*

<sup>65</sup> Como uno de los más importantes terratenientes de la provincia de Buenos Aires controlaba sus tierras en la frontera formando sus propios ejércitos y pactando con los indios. Rivadavia, como jefe de gobierno, se negó a ratificar dichos pactos por lo que Rosas, liderando al resto de las provincias históricas, se convirtió en su principal enemigo.

<sup>66</sup> Josefina Emilia Sabor: *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina. Ensayo bio-bibliográfico*, Buenos Aires: Solar, 1995 (Colección Dimensión Argentina), 28-29.

<sup>67</sup> “Los orígenes de la ciencia argentina en Internet”, *Colecciones: Proyecto Ameghino*. [http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca\\_digital/](http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/)

<sup>68</sup> Napolitano que vivía exiliado en París por Fernando I, donde se instaló en 1820 y en 1821 comenzó a escribir en la *Revue Européene*, en la *Revue Encyclopédique* y en tres diccionarios biográficos. Trató en París con los naturalistas Aimé Bonpland y Alexander von Humboldt. Sabor, *op. cit.*, 5.

<sup>69</sup> Exiliado español nacido en Cádiz en 1783 en una familia burguesa. Estudió Derecho en Granada. Como soldado, fue tomado prisionero y trasladado a Francia. Regresó en 1814 a Madrid donde ejerció el periodismo y la abogacía. Emigró a Londres, donde trabajó como periodista, publicó varios libros y se vinculó al editor Ackermann que imprimía material en español, la mayor parte del cual se distribuía en las nuevas repúblicas de América Latina. Sabor, *op. cit.*, 9.

mayo del año 1827, porque en junio de 1827, Rivadavia renunció a la presidencia. Con ello, no sólo desaparecían los periódicos sino también la estabilidad laboral de los periodistas, por lo que de Angelis que permaneció en el país, debió hacer frente a los avatares políticos trabajando los siguientes veinte años al servicio de Juan Manuel de Rosas<sup>70</sup> y sus ideas, teóricamente en las antípodas de las de Rivadavia. De Angelis trabajó como periodista para Rosas, integró las comisiones que creó para reorganizar la Universidad y revisar los libros de textos y los programas de enseñanza<sup>71</sup> y editó su obra más importante, perdurable e influyente, la primera colección documental del Río de la Plata, la *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata*.<sup>72</sup>

Cuando la publicó por primera vez, De Angelis señaló como su principal valor el rescate realizado de información y documentación imprescindible para la recuperación de la memoria histórica (de la nación),<sup>73</sup> lo que el tiempo confirmó, porque actualmente se la considera el "primer intento realizado en nuestro continente para reunir todo lo escrito sobre esta zona de América del Sur"<sup>74</sup> y, a su editor como el fundador de la bibliografía argentina y uruguaya.<sup>75</sup>

Cuando en 1837 De Angelis suspendió la publicación de su *Colección*, comenzaba en la ciudad de Buenos Aires uno de los períodos más agitados y controvertidos de la historia. Los hermanos Reinafé fueron ajusticiados, acusados del asesinato de Facundo Quiroga—cuya vida narraría Sarmiento en su obra *Facundo o Civilización y Barbarie*—lo que, sin embargo, no suprimió las sospechas que pesaban sobre Rosas como instigador de la muerte de Quiroga, otro caudillo federal como él. Un hecho, entre otros, que propició la creación del Salón Literario, una asociación formada por Juan Bautista Alberdi,<sup>76</sup> Juan María Gutiérrez<sup>77</sup> y Vicente Fidel López, entre otros, liderados por Esteban Echeverría,<sup>78</sup> la "generación del 37", que se reunía en la Librería Argentina de Marcos Sastre. Al Salón Literario le precedió, en 1833, la Asociación de Estudios Históricos y Sociales y le siguió, al cierre en el mismo año 1837, la Asociación de la Joven Generación Argentina. Se trataba de asociaciones que contribuían a lo que Habermas denominó la construcción de una esfera pública política u opinión pública en las nuevas repúblicas del Plata, las que se proponían nuevas formas de ordenación del mundo social que difundían a través de la producción y circulación de escritos. Los objetivos explícitos de la Asociación eran la creación de un espacio de reunión de intelectuales en el que exponer y discutir los avances del movimiento literario, filosófico y social europeos, al tiempo que —y aquí quizás se encuentre lo

<sup>70</sup> José Manuel Estrada, el padre de la educación secundaria en la Argentina, calificó en sus *Fragmentos Históricos*, a la época de Rosas como la "escuela de todos los tiranos" lo cual era atribuible según Estrada a que Rosas era "hijo de la anarquía, caudillo del gauchaje orgulloso que llevaba su ley por la nación, Rosas no podía fundar el poder personal sin el exterminio de toda entidad resistente, ni convenía a sus diabólicos propósitos regenerar la barbarie, sino perpetuarla e identificarle lo noble y desenvuelto que ilustraba a los pueblos". José Manuel Estrada: *Fragmentos históricos*, Buenos Aires: Librería del Colegio, 1901, V, 504-505.

<sup>71</sup> Sabor 1995, *op. cit.*, 28-29.

<sup>72</sup> Pedro De Angelis: *Colección de obras y documentos relativos a la historia antigua y moderna de las Provincias del Río de la Plata ilustrado con notas y disertaciones por Pedro de Angelis*, Buenos Aires: Imprenta del Estado, 1836-1840 (también Buenos Aires: Plus Ultra, 1969-1972, 8 volúmenes).

<sup>73</sup> De Angelis, *op. cit.*

<sup>74</sup> Sabor 1995, *op. cit.*, VIII.

<sup>75</sup> *Idem*.

<sup>76</sup> Ver nota 55.

<sup>77</sup> Ver nota 54.

<sup>78</sup> Esteban Echeverría (1805-1851) fue uno de los más lúcidos intelectuales del proyecto de construcción nacional. Su estancia en Francia entre 1825 y 1829 y sus viajes por Europa influyeron decisivamente en su formación. Su obra *Elvira o la novia del Plata* de 1832 es considerada la primera manifestación del romanticismo en el Plata, con independencia del romanticismo español.

más relevante— presentar y discutir las primicias emergentes de la incipiente literatura nacional.<sup>79</sup>

González Bernaldo ha señalado que la tarea que se asignó la Asociación, fue la que ellos definieron como “organizar la nacionalidad argentina”. La explicitación de un objetivo que, según la autora, permite presuponer la existencia de un proyecto nacional basado en un conjunto de representaciones comunes acerca de las identidades nacionales que intentaban construir.<sup>80</sup> Pero, como señaló su líder, Esteban Echeverría, se trataba de identidades que no debían buscarse en una comunidad histórica, es decir, que no se proponían ni la recuperación del pasado colonial ni un rescate de las identidades precoloniales, sino que trataban de buscar —e imponer— un acuerdo sobre un proyecto cultural de futuro sobre el que construir las identidades nacionales que intentaban promover

no nos hallamos dispuestos a ir a buscar en España ni en nada español el principio engendrador de nuestra literatura, que la España no tiene ni puede darnos<sup>81</sup>

Una afirmación de Echeverría que también confirma la certeza de la Asociación respecto de la influencia de la literatura en la construcción de identidades nacionales y, por lo tanto, del poder de los escritores en general para ello.<sup>82</sup>

Al mismo tiempo que De Angelis suspendía su *Colección* y se creaba el Salón Literario, la mayor parte de los periódicos de Montevideo, Uruguay, eran editados por unitarios de Buenos Aires exiliados que combatían a Rosas desde allí. Uno de los más prestigiosos de esos periódicos fue el *Comercio del Plata*, dirigido por Florencio Varela hasta que le

<sup>79</sup> Félix Weimberg: *El Salón Literario de 1837. Con escritos de M. Sastre, J. B. Alberdi, J. M. Gutiérrez, E. Echeverría*, Buenos Aires: Hachette, 1977 (Colección El Pasado Argentino). Si bien De Angelis también fue a la primera reunión, por la oposición del Salón a Rosas, suspendió su asistencia. Diez años más tarde, en 1847, en un artículo aparecido en su *Archivo Americano*, De Angelis calificó a la Joven Generación como unos cuantos estudiantes de derecho “inquietos, presumidos y holgazanes, y muy aficionados a la literatura romántica [quienes] con aquel tono dogmático, tan propio a la ignorancia, abordaban las cuestiones más arduas de la organización social, y las resolvían en el sentido más opuesto a la razón”. Esteban Echeverría: “Cartas a Don Pedro de Angelis editor del *Archivo Americano*” [1842], Esteban Echeverría: *Dogma socialista* [1842], La Plata: Universidad Nacional de la Plata, 1940 (Biblioteca de Autores Nacionales y Extranjeros, v. 2), 2, 377-426. La respuesta de Echeverría puede hallarse en Esteban Echeverría: *Obras completas*, Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1873, 5 tomos, IV, 228-326.

<sup>80</sup> Pilar González Bernaldo: “La nación como sociabilidad. El Río de la Plata, 1820-1862”, François-Xavier Guerra y Quijada, Mónica Quijada, coords., *Imaginar la Nación*, Münster-Hamburg: Lit Verlag, 1994 (Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos, Cuadernos de Historia Latinoamericana, n° 2, 1994, 179-214, 185).

<sup>81</sup> Esteban Echeverría: *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, Montevideo, 1846. Advértase no sólo la simultaneidad entre este escrito de Echeverría desde su exilio en Montevideo, Uruguay, con el *Facundo* de Sarmiento escrito desde el exilio en Chile. Resulta de interés recuperar también, para la constatación de la existencia de un proyecto de construcción de la nación con la mirada puesta en un destino en común antes que en el pasado entre los integrantes de los escritores de la “generación del 37”, una de las crónicas de Alfred Ebélot para la *Revue de Deux Mondes* en la que señalaba que Domingo Faustino Sarmiento siendo ya presidente de la Argentina y en discursos oficiales se enorgullecía de su ascendencia mora, sobre quienes hacía apología, como una forma de desprecio y “detrimento de los españoles”. Alfred Ebélot: “Cien leguas de foso” [1877], Alfred Ebélot: *Relatos de la frontera*, Buenos Aires: Solar/Hachette, 1968 (hay una edición francesa más reciente, Alfred Ebélot: *La guerre dans la pampa. Souvenirs et récits de la frontière argentine (1876-1879)*. Textes réunis, présentés et annotés par Bernard Lavallé, Paris: L'Harmattan, 1995 (Recherches et Documents Amériques latines), 112-149).

<sup>82</sup> Casi veinte años después, en 1856, en su obra *L'Ancien Régime et la Révolution*, Alexis de Tocqueville señalaba que “a mediados del siglo XVIII, los hombres de letras pasaron a ser los principales políticos del país”, quienes a través de la “política abstracta y literaria” se convirtieron en guías de la opinión y los efectos que de ahí resultaron. Alexis de Tocqueville: *L'Ancien Régime et la Révolution* [1856], Paris: Gallimard, 1967, 229-241.

asesinaron en 1848, y luego por Valentín Alsina, y en él escribió la mayor parte de los integrantes de la Asociación, desde Buenos Aires o desde el exilio en otros países.<sup>83</sup> Con el propósito de proporcionar una colección documental alternativa a la de De Angelis, y de Rosas, sobre la que construir la historia de la nación, el *Comercio del Plata* creó la *Biblioteca del Comercio del Plata*<sup>84</sup> en la que, al igual que De Angelis, editaron un conjunto de obras y documentos que consideraban imprescindibles para la fundación de la historia y la literatura nacional.

Estas dos colecciones que competían por la prioridad en el establecimiento de la memoria y el olvido sobre los que instalar la nación, coincidieron al considerar a la obra de Rui Díaz de Guzmán<sup>85</sup> como de inclusión ineludible. Una decisión que De Angelis fundamentó en que se trataba de una obra clave sobre el Río de la Plata porque se escribió contemporáneamente a los hechos que narraba y en que su valor ya había sido señalado por Félix de Azara,<sup>86</sup> a principios del siglo XIX,<sup>87</sup> quien había mencionado que uno de los manuscritos autógrafos que el propio Guzmán había destinado al Archivo del Cabildo de Asunción había sido sustraído por el propio gobernador de la ciudad de Asunción en 1747. Florencio Varela, por su parte, justificó su decisión en las dificultades de acceso que había a la colección de De Angelis y en que habían encontrado en Paraguay el manuscrito autógrafo perdido del que había hablado Azara.<sup>88</sup> Es decir, que uno y otro justificaron su decisión no sólo en el valor de la obra sino también en el valor que había atribuido a la misma Félix de Azara, un funcionario y viajero español ilustrado del final de la época colonial.

<sup>83</sup> Ver notas 54, 55 y 57.

<sup>84</sup> La edición de la *Biblioteca* se inició en 1845 y, hasta la muerte de Florencio Varela se publicaron cinco tomos, mientras que los restantes fueron publicados por Valentín Alsina con la colaboración de V. F. López.

<sup>85</sup> Rui Díaz de Guzmán; *La Argentina* [1612], Buenos Aires: Losada, 1946.

<sup>86</sup> Félix de Azara nació en Barbuñales, Huesca en 1746. Estudió Filosofía en la Universidad de Huesca, Aragón y en la Academia Militar de Barcelona. Fue cadete del Regimiento de Infantería de Galicia en 1764, alférez del Cuerpo de Ingenieros en 1767, teniente en 1775 –grado con el que hizo la campaña de Argel– y capitán en 1776. En 1778, España y Portugal fijaron, por el Tratado de San Ildefonso –que ratificaron por la paz de El Pardo–, sus fronteras externas para lo cual designaron comisionados para determinar los límites sobre el terreno. Félix de Azara fue escogido por Madrid y se embarcó hacia América en Lisboa en 1781. En 1782, se instaló en Asunción del Paraguay donde advirtió la ausencia del manuscrito de Rui Díaz de Guzmán, a la que se refirieron Pedro de Angelis y Florencio Varela. En 1788 envió a Madrid los materiales relativos a la historia natural de las aves del Paraguay (Félix de Azara: *Essais sur l'histoire naturelle des quadrupèdes de la Province du Paraguay ... Avec une appendice sur quelques reptiles, et formant suite nécessaire aux oeuvres de Buffon Traduits sur le manuscrit inédit de l'auteur, par M. L. E. Moreau-Saint-Méry*, 2 tomos, París: Charles Pougens, 1801 y Félix de Azara: *Apuntamientos para la historia natural de los Pájaros del Paraguay y Río de la Plata*, Madrid: Imprenta de la Viuda de Ibarra, 1802, 3 tomos). A mediados de 1790 fue trasladado a Buenos Aires para inspeccionar la frontera sur (Félix de Azara: *Diario de un reconocimiento de las guardias y fortines, que guarnece la línea de frontera de Buenos-Aires* [1837], De Angelis [1836-1840], 1969-1972, *op. cit.*, VIII a, 101-170), para lo que recorrió las pampas argentinas. Luego se le encargó la instalación de una población de españoles en la parte norte de la actual frontera uruguayo-brasilera (Félix de Azara: *Correspondencia oficial e inédita sobre la demarcación de límites entre el Paraguay y el Brasil* [1836], De Angelis [1836-1840] 1969-1972, *op. cit.*, V, 355-446), para lo que se trasladó a la Banda Oriental del Uruguay donde completó sus observaciones sobre la vida rural de las pampas. Regresó a la Península a principios del siglo XIX y luego marchó a París. Poco se sabe de su vida posterior, sólo que murió en 1821, aparentemente en el mismo pueblo de Aragón en que había nacido. Marre 1999, *op. cit.*

<sup>87</sup> De Angelis, *op. cit.*

<sup>88</sup> Florencio Varela: "Noticia preliminar", *Biblioteca del Comercio del Plata 1846*, 1-2.

## 4.2. La "memoria y el olvido" de la nación

Si bien De Angelis y Varela coincidieron sobre la necesidad de editar la obra de Guzmán y sobre la autoridad que le había conferido Félix de Azara, no coincidieron sobre la edición de la propia obra *Viajes*, de Azara, de la mano del cual, entre otros, ingresaron al área rioplatense, a fines del siglo XVIII, la idea de nación vinculada a la de civilización o, lo que es lo mismo, la idea de una civilización sobre la que construir la nación.

La influencia de la obra de Azara en la escritura de la historia y, en los orígenes de la historiografía argentina al final de la primera mitad del siglo XIX, fue inaugurada por Florencio Varela, primer editor de *Viajes* en castellano, en 1845 –año de la primera edición, en Chile, del *Facundo o Civilización y Barbarie* de Sarmiento–. Para Varela, al valor intrínseco de la obra, se agregaba el hecho de que fuese Bernardino Rivadavia, el primer presidente argentino, quien la había traducido desde la primera edición francesa, durante su exilio en París al que lo había llevado su oposición a Rosas.<sup>89</sup> Varela no sólo autorizaba a la obra de Azara a través de su traductor sino que, además, rodeaba al hecho todo de una especie de destino manifiesto, puesto que el manuscrito les había sido entregado a ellos, sus herederos políticos, por Rivadavia la última vez que lo vieron vivo en 1842, en Río de Janeiro.<sup>90</sup>

Una obra, la de Azara, a la que es posible reconstruirle un doble camino de influencias convergentes. Por un lado, su influencia se comprueba en viajeros, cronistas y científicos<sup>91</sup> que recorrieron el Plata después que él y que, de esa manera, comenzaron a asentar la autoridad de su obra desde la primera edición en francés. Sin pretender agotar la descripción de esa red textual y a pesar de no contar hasta la actualidad con un estudio específico que lo demuestre, es posible afirmar que una parte sustancial de su importancia se

<sup>89</sup> La había comenzado en mayo de 1833 en París como un camino para sentirse cerca de su patria, la cual se hallaba sumida en los sucesos más adversos por los "errores y violencias de sus propios ciudadanos". *Idem*, 2.

<sup>90</sup> La inevitabilidad del destino manifiesto de la obra y su importancia para la nación, se confirmaba en el hecho de que ese manuscrito fue una de las pocas cosas, de las muchas que Rivadavia les entregó, que se salvó del naufragio que tuvieron cuando regresaban a Montevideo. *Idem*, 1.

<sup>91</sup> Brackenridge utilizó la cartografía de Azara para su viaje y para contextualizar sus relatos, Henry M. Brackenridge: *South America. A letter on the present state of that country, addressed to James Monroe ...* By an American [1817] [i.e. Henry M. Brackenridge]. Reprinted from the Washington edition of 1817. Londres: J. Ridgeway; J. Booth 1818; E. Vidal, por su parte, otro viajero que publicó una obra sobre Buenos Aires y las pampas circundantes en 1820 y cuyo principal valor lo constituye el hecho de ser uno de los primeros en proporcionar imágenes visuales, además de escritas, sobre ese nuevo espacio tomó textualmente muchos de los escritos de Azara para acompañar sus imágenes, E. H. Vidal: *Picturesque illustrations of Buenos Ayres and Monte Video, consisting of twenty four views accompanied with descriptions of the scenery and of the costumes, manners, ac. of the inhabitants of those cities and their environs*, Londres: R. Ackerman, 1820 (edición castellana en Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de investigaciones históricas, Colección de viajeros y memorias geográficas, Buenos Aires: Talleres Casa Jacobo Pruner, 1923, tomo 1. Hay una reedición reciente en Buenos Aires: Emecé, 1999 (Colección Emecé Memoria)); Isabelle, un francés que vivió largo tiempo en la Argentina pero que escribió un libro sobre sus impresiones tomadas en los años de 1830 a 1835 también citó frecuentemente a Azara, Arsenio Isabelle: *Voyage a Buenos-Ayres et Porto-Alégre, par la Banda-Oriental, Les Missions d'Uruguay et la province de Rio-Grande-do-Sul (de 1830 a 1834). Suivi de considerations sur l'état du Commerce Français a l'exterieur, et principalement au Brésil et ou Rio-de-la-Plata. Dévié au Commerce du Havre par Arsene Isabelle*, Havre: Imprimerie de J. Morlent, 1835 (edición castellana *Viaje a Argentina, Uruguay y Brasil, en 1830*, Buenos Aires: Editorial Americana, 1943). También León Palliere que visitó la Argentina en la segunda mitad del siglo XIX y que acompañó su texto con imágenes, citó en reiteradas oportunidades a Azara para referirse a las poblaciones rurales a pesar de que sus representaciones culturales diferían de las de Azara, León Palliere: *Diario de viaje por la América del Sud. Con una introducción sobre la vida y la obra del artista ilustrada con acuarelas, grabados y dibujos desconocidos, ejecutados en América y en Europa* [c. 1856-1866], Buenos Aires: Peuser, 1945.

debe a que Charles Darwin<sup>92</sup> lo citó en reiteradas ocasiones cuando narró su paso por las pampas en 1832-33.<sup>93</sup>

La segunda vertiente de influencias de la obra de Félix de Azara es la que se inició allí, es decir, cuando junto a Darwin se incluyó entre las obras “científicas” sobre el área y, por lo tanto, entre las más idóneas para convertirse en “fuentes” a partir de las cuales escribir la historia de la nación. Como ha señalado Pomer, la caída de Rosas en 1852, estimuló la producción y circulación de bienes simbólicos, la historia entre ellos, “como materia básica de una identidad mayor unificante de las diversas sociedades regionales”.<sup>94</sup>

En 1852, Justo José de Urquiza, el caudillo litoral que se sublevó contra Rosas fue apoyado por Bartolomé Mitre<sup>95</sup> de Buenos Aires. Sin embargo, luego de la derrota y exilio de Rosas, Mitre se opuso a una organización federal para la nación defendiendo los sentimientos autonomistas de Buenos Aires, que se constituyó en estado independiente, rechazó la constitución federal de 1853 y dictó una propia. Las tensiones entre los dos proyectos estallaron en 1859 con una guerra en la que Mitre fue derrotado, Buenos Aires se integró en la Confederación y aceptó la constitución de 1853, con escasas modificaciones.

Dos años antes, en 1857, Mitre al mismo tiempo que combatía en los campos de batalla por imponer su proyecto nacional, “inauguraba” la historiografía “científica” nacional<sup>96</sup> con la edición de su *Historia de Belgrano*.<sup>97</sup> Inicialmente titulada *Biografía de Belgrano*, integraba una colección, la *Galería de Celebridades Argentinas*, la cual, según Mitre era concebida no como una biografía, ni siquiera como una historia sino

como un monumento erigido a nuestros antepasados que consagraron su vida y sus afanes a la felicidad y a la gloria de la patria.<sup>98</sup>

Al igual que en 1845<sup>99</sup> cuando Domingo Faustino Sarmiento escribió *Facundo o Civilización y barbarie*,<sup>100</sup> donde reemplazó los términos políticos de oposición entre

<sup>92</sup> Darwin frecuentemente se refería a Azara introduciendo sus frases con “I may add on the high authority of Azara”, Charles Darwin [Robert Fitzroy]: *Narrative of the surveying voyages of His majesty's ships Adventure and Beagle, between the years 1826 and 1836*, Londres: H. Colburn, 1883, capítulo III.

<sup>93</sup> *Idem*.

<sup>94</sup> León Pomer: *La construcción del imaginario histórico argentino*, Buenos Aires: Editores de América Latina, 1998, 8.

<sup>95</sup> Ver nota 54.

<sup>96</sup> “La *Historia de Belgrano* fue un libro muy importante para la historiografía argentina. Luego de su publicación, hubo dos polémicas resonantes entre Mitre y Vélez Sarsfield, primero, y Vicente F. López, después. La primera controversia dio lugar a dos obras: *Rectificaciones históricas: General Belgrano, General Güemes*, de Vélez Sarsfield, y *Estudios históricos sobre la Revolución de Mayo: Belgrano y Güemes*, la respuesta de Mitre. La polémica con López, el enfrentamiento intelectual entre los más grandes historiadores de la época, tuvo una importancia mayúscula para la disciplina, ya que no sólo discutieron allí hechos, sino también formas de historiar y metodologías de investigación. Fue la lucha entre el rigor investigativo y metodológico de Mitre con su narrativa que privilegiaba el apego a los hechos, y el estilo más heterodoxo de López, con sus textos que, además de la crónica, permitían los recuerdos de los protagonistas, los relatos familiares y las marcas subjetivas derivadas de la apreciación del autor. La polémica le permitió a Mitre establecer un método definido para la investigación histórica, que formaría escuela, y que consagraba la más estrecha correspondencia entre el escrito histórico y los hechos a los que se refería”. “Los orígenes de la ciencia argentina en Internet”, *Colecciones: Proyecto Ameghino*. [http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca\\_digital/](http://www.educ.ar/educar/superior/biblioteca_digital/)

<sup>97</sup> Bartolomé Mitre: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* [1857], Buenos Aires: Jackson, 1953 (Colección Historia de grandes escritores argentinos).

<sup>98</sup> Noemi Goldman y Ricardo Salvatore 1998, *op. cit.*, 34.

<sup>99</sup> Sarmiento propuso por primera vez la antítesis “civilización o barbarie” en un artículo aparecido en *El Mercurio* de Chile el 7 de octubre de 1842 con esas palabras y con el contenido ideológico que le dio en su obra de 1845 aunque tal dicotomía comenzó a ser su eje de interpretación del proceso histórico y político argentino en textos de 1841.

<sup>100</sup> Sarmiento [1845] 1997, *op. cit.* En octubre de 1846 la *Revue des Deux Mondes* publicó un artículo en el

federales y unitarios por los de oposición cultural, “civilización y barbarie” producto de la agresión de lo “bárbaro” –local y rural– americano contra lo “civilizado” –universal y urbano–, Mitre escogía construir una historia nacional a través de la recuperación de la biografía de un hombre, Manuel Belgrano. Es evidente el interés de Mitre por establecer una línea de continuidad entre la nación organizada constitucionalmente bajo su presidencia, luego de la caída de Rosas en 1853, con el momento de la emancipación y de la independencia, prescindiendo del largo período de las luchas internas que comenzó en la década de 1820 con “el derrumbe del poder central” de Rivadavia. Así como Sarmiento escogió a Facundo Quiroga, un hombre del interior, de una de las provincias históricas vinculadas a la más antigua tradición hispánica para “representar” a la barbarie, Mitre, un hombre de y partidario de un gobierno centralizado en la ciudad de Buenos Aires escogió a alguien que, como Belgrano, acreditaba raíces familiares y de actuación política en la ciudad de Buenos Aires desde fines del XVIII, la última parte del período colonial en que se creó el Virreinato con capital en Buenos Aires, donde Belgrano se desempeñó al frente del Consulado de Comercio

Este libro es al mismo tiempo la vida de un hombre y la historia de una época. Su argumento, es el desarrollo gradual de la idea de la independencia del pueblo argentino, desde sus orígenes a fines del siglo XVIII y durante su revolución, hasta la descomposición del régimen colonial en 1820, en que se inaugura una democracia genial, embrionaria y anárquica que tiende a normalizarse dentro de sus propios elementos orgánicos.<sup>101</sup>

La “democracia genial” a la que se refería Mitre era la que había desarrollado Rivadavia. Pero la coincidencia de intereses entre ambos puede verse en varios otros aspectos. Por un lado, en el hecho de adjudicar el carácter de fuente histórica de indudable valor para la construcción de la nación a la obra de Azara. Por otro, Mitre como ministro de Buenos Aires en 1857, el mismo año en que publicaba su *Biografía de Belgrano*, acordó con el gobernador la repatriación de los restos de Rivadavia, muerto en el exilio en Cádiz. Entre los justificativos políticos que se esgrimieron a través de decretos, resoluciones, discursos y artículos, que Mitre compiló al año siguiente,<sup>102</sup> se señalaba a Rivadavia como el “fundador de todas las instituciones de que hoy goza el Estado de Buenos Aires” y “que sobrevivieron por su propia virtud o por la virtud que les fue inyectada por Rivadavia”.<sup>103</sup> El mensaje implícito aludía a la conveniencia de que esas instituciones con las que se beneficiaba Buenos Aires se extendieran a todo el territorio imaginado de la nación a través de la centralización del poder político nacional en –la provincia o en la ciudad de– Buenos Aires. Por otro, en junio de 1862, cuando Mitre ya era presidente de la República, se dirigió al Congreso para intentar resolver el espacio que se asignaría a la capital de la nación para lo que solicitó la federalización de Buenos Aires, lo mismo que había hecho Rivadavia ante el Congreso en 1824.

La *Historia de Belgrano y la independencia argentina* es una de las más influyentes obras de Bartolomé Mitre, a la que algunos historiadores han considerado, incluso recientemente, junto con la de Sarmiento, como “las obras fundadoras” de la literatura política argentina.<sup>104</sup> El éxito se comprueba en el hecho de que a la primera edición de 1857, le

---

que Charles de Mazade elogiaba al *Facundo*. La obra tuvo un éxito rotundo en su tiempo con dos ediciones consecutivas y traducciones inmediatas al inglés y al francés, entre las que se halla la de Appleton en Nueva York en 1868 y la de Hachette en París en 1874.

<sup>101</sup> Mitre [1857] 1953, *op. cit.*, capítulo I.

<sup>102</sup> Bartolomé Mitre: *Documentos relativos a la traslación de las cenizas de Rivadavia* recopilados por el coronel Bartolomé Mitre. Buenos Aires: Imprenta el Nacional, 1958.

<sup>103</sup> Citado por Pomer 1998, *op. cit.*, 48.

<sup>104</sup> Noemí Goldman y Ricardo Salvatore 1998, *op. cit.*, 32.



Comercio en Buenos Aires, 1900

siguió una segunda entre 1858 y 1859, una tercera entre 1876 y 1877 y la cuarta y definitiva, es decir, con la redacción final que escogió Mitre para ella, en 1887.

La historiografía argentina, cuyos orígenes han sido reconocidos en esos mismos años, es decir al final de la primera mitad del siglo XIX,<sup>105</sup> como ha señalado Pomer, contribuyó a conformar un complejo de representaciones a partir de un conjunto de categorías ordenadoras de una identidad

una identidad... indicadora de las reglas a que cada grupo, estrato o clase deberá ajustar su comportamiento, ejercer su capacidad de juicio, una identidad que designe la modalidad de las acciones, el uso de las cosas, la solemnidad de las ceremonias, el modo y oportunidad de los rituales.<sup>106</sup>

Mitre tituló al primer capítulo, no casualmente “La sociabilidad argentina”,<sup>107</sup> y en él sentó los orígenes lejanos de la nación, es decir, lo que debía recordarse y olvidarse de ese origen en el que, como señaló Renán, había un conjunto de hechos violentos, en el período colonial. Un capítulo decisivo en el que se percibe la influencia de Azara quien había señalado que en los orígenes de los pueblos del sur del continente americano, era posible reconocer “tres razas”: “indios o americanos”, “blancos o europeos”, “negros o africanos” que se mezclaban con mucha facilidad y a cuyo producto mestizo se denominaba genéricamente “gente de color (pardos)”, aunque ésta era una terminología más habitual para denominar a los negros. De la misma manera, “mestizo” era el producto de “una india con un blanco”, nombre que mantenía toda su descendencia siempre que no se incluyera en la

<sup>105</sup> *Idem*, entre otros.

<sup>106</sup> Pomer 1998, *op. cit.*, 8.

<sup>107</sup> Mitre [1857] 1953, *op. cit.*

misma ninguna mezcla de "sangre negra" en cuyo caso, y toda vez que ésta estuviese involucrada, se daba al producto la denominación general de "mulato"<sup>108</sup> así como que "la raza india es de la que hacen menos caso".<sup>109</sup> Mitre, por su parte, reconocía al producto mestizo entre dos grupos, el español y el indígena, como el principal elemento poblador de la América Meridional, el que si bien tenía todas las ventajas de la población europea, tenía también todos los problemas de su condición de mestizo

Los indígenas sometidos, se amoldaban a la vida civil de los conquistadores, formaban la masa de sus poblaciones, se asimilaban a ellos, sus mujeres constituían los nacientes hogares, y los hijos de este consorcio formaban una nueva y hermosa raza, en que prevalecía el tipo de la raza europea con todos sus instintos y con toda su energía, bien que llevara en su seno los malos gérmenes de su doble origen.<sup>110</sup>

A pesar de que para Mitre, no todos los europeos eran iguales y ni siquiera lo eran todos los españoles que se habían instalado en las distintas regiones de América, cuyas condiciones y características habían quedado signadas por la región de España que había provisto la mayor parte de sus habitantes,<sup>111</sup> citando a Azara, reconocía la superioridad del elemento racial español en América, como así también la posterior incorporación del elemento africano

Tres razas concurren desde entonces al génesis físico y moral de la sociabilidad del Plata: la europea o caucásica como parte activa, la indígena o americana como auxiliar y la etiópica como complemento. De su fusión, resultó ese tipo original, en que la sangre europea ha prevalecido por su superioridad, regenerándose constantemente por la inmigración, y a cuyo lado ha crecido mejorándose esa otra raza mixta del negro y del blanco, que se ha asimilado las cualidades físicas y morales de la raza superior.<sup>112</sup>

Unos años antes que Mitre, en 1845, también Sarmiento dedicó un capítulo del *Facundo o Civilización y Barbarie* a la sociabilidad pampeana<sup>113</sup> y unos años antes que él, en 1838, Juan Bautista Alberdi, el autor del libro que sirvió de base para la redacción de la primera constitución nacional,<sup>114</sup> publicó en *El Iniciador*<sup>115</sup> de Montevideo, un artículo también titulado "Sociabilidad. Costumbres" en el que decía que

<sup>108</sup> Félix de Azara, *Viajes por la América Meridional* [1809], Buenos Aires: El Elefante Blanco, 1998, 2 vol. (La primera edición en castellano se publicó con traducción de Bernardino Rivadavia y prólogo de Florencio Varela en *Biblioteca del Comercio del Plata*, 2(1): [6] +1-137; (2): 138-260. Montevideo), II, 140.

<sup>109</sup> *Idem*, II, 142.

<sup>110</sup> Mitre [1857] 1953, *op. cit.*

<sup>111</sup> "Los primitivos pobladores del Río de la Plata, sin embargo, ni menos ávidos ni menos toscos por lo general, que los hombres de su época y la masa del país al que pertenecían, fueron más bien que aventureros, verdaderos inmigrantes reclutados en las clases y en los lugares más adelantados de la España, que en razón de su clase y procedencia, y dadas las condiciones especiales en que se encontraron, debían influir en su organización coetánea y en los destinos futuros de la colonia. Procedentes en su mayor parte de las Provincias de Vizcaya y Andalucía, traían en su temperamento étnico las calidades de dos razas superiores, altiva y varonil la una, imaginativa y elástica la otra. Nacidos y criados una gran parte de ellos en comarcas laboriosas, en puertos de mar como Cádiz, Sevilla y San Lúcar, en ciudades como Madrid, Toledo, Valladolid, Córdoba, Zaragoza y Salamanca, traían en su mente otras nociones prácticas y otras luces, que faltaban a los habitantes de los valles y aldeas de Extremadura, de Galicia y de Castilla la Vieja, que dieron su contingente a la colonización del Perú, en la que su más grande caudillo no sabía ni escribir su nombre". *Idem*.

<sup>112</sup> *Idem*.

<sup>113</sup> Sarmiento [1845] 1997, *op. cit.*

<sup>114</sup> Alberdi [1852] 1943, *op. cit.*

<sup>115</sup> Un periódico en el que también escribió Mitre cuando se hallaba en el exilio.

escribir una constitución es redactar por escrito lo que ya vive y está en juego en la sociedad. La libertad inglesa existe en sus *costumbres*, la esclavitud española existe en sus *costumbres*... Méjico adoptó la Constitución de Norte América y no es libre, porque adoptó la constitución escrita, pero no la constitución viva, no sus *costumbres*. (la cursiva es mía)<sup>116</sup>

Es decir que si bien la idea subyacente al proyecto de organización nacional era la de civilización, se trataba de una civilización vinculada a un tipo particular de sociabilidad manifiesto en ciertas costumbres, aquellas que se buscaba promover o, lo que es lo mismo, las opuestas a aquellas que se combatían o reprimían por no ajustarse a ese ideal.

De hecho, la intención de Mitre y de quienes lo precedieron —y que aún se mantiene en el inconsciente colectivo argentino—, era separar al Río de la Plata y en especial a la Argentina, del resto de la América Latina, vinculándola a Europa y a su sociabilidad civilizada a través de las afinidades raciales.

La influencia de Azara en Mitre se advertirá también en la importancia atribuida a ese espacio, al lugar que se habitaba, en el desarrollo de una sociabilidad particular. A la agricultura, se dedicaban, según Azara, quienes no podían dedicarse a otra cosa porque era la actividad más dura y fatigosa,<sup>117</sup> por lo que les reconocía cierto grado de superioridad manifiesto en su ropa, en que no sólo comían carne sino también vegetales, en que guisaban y condimentaban la comida y en que no vivían tan distantes unos de otros porque las parcelas que cultivaban eran pequeñas lo que les permitía vivir más reunidos, todo lo cual los constituía en superiores a los pastores en “civilización y moralidad”.<sup>118</sup> Junto a Azara también Mitre desde la historia, al igual que antes lo hicieron Echeverría y Sarmiento desde la literatura, opuso la barbarie rural a la civilización urbana y relacionó a la primera con la sociabilidad que estimulaban las pampas rioplatenses

Esta sociabilidad naciente, ... entrañaba empero todos los vicios esenciales y de conformación de la materia originaria y del molde colonial en que se había vaciado... Los desiertos, el aislamiento, la pereza, la despoblación, la falta de cohesión moral, la corrupción de las costumbres en la masa general ... eran causas y efectos, que produciendo una semi-barbarie al lado de una civilización débil y enfermiza, concurrían a viciar el organismo... la indisciplina, el desprecio de toda ley, eran otros tantos estímulos y gérmenes de independencia inconsciente; pero no constituían aún por sí una sociabilidad orgánica, ni una civilización progresiva.<sup>119</sup>

En el caso argentino, no se trataba de convertir al campesino en ciudadano como había ocurrido en Francia, según Muchembled y Elías, sino y para empezar, se trataba de convertir en campesino a algo culturalmente anterior, el gaucho —o pastor—.

Un año después, en 1863, se editó en Buenos Aires un libro<sup>120</sup> que, desde el título, apelaba a la nueva condición de ciudadanos que la constitución nacional de 1853 confería a los habitantes de “todas” las provincias del Río de la Plata, también a aquellos pertenecientes a las consideradas clases bajas a cuya instrucción, la popular, estaba destinado. Definía a la “civilización” por su opuesto, la barbarie, caracterizada con los mismos elementos presentes en la red textual iniciada por Azara.<sup>121</sup> También definía a la civilización

<sup>116</sup> Juan Bautista Alberdi: “Sociabilidad. Costumbres”, *El Iniciador*, número 12, Montevideo, Uruguay, 1838.

<sup>117</sup> Félix de Azara [1809] 1998, *op. cit.*, II, 152.

<sup>118</sup> *Idem*, II, 153.

<sup>119</sup> Mitre [1857] 1953, *op. cit.*

<sup>120</sup> José María Cabral: *Compendio de los derechos y deberes primordiales del ciudadano para la instrucción popular en las provincias del Río de la Plata, por el ciudadano argentino...*, Buenos Aires: Imprenta y Litografía a vapor de Bernheim y Boneo, 1863.

<sup>121</sup> “la ignorancia, la desidia, la inacción, la holgazanería, las costumbres groseras y los crímenes continuos”. Cabral 1863, *op. cit.*, 43.

a través de su definición léxica, del verbo civilizar y del sustantivo civitas, es decir, ciudad o ciudadano.<sup>122</sup>

Poco después, en 1869,<sup>123</sup> cuando Sarmiento había sucedido a Mitre en la presidencia de la República se levantó el primer censo nacional, la primera serialidad definida de Anderson, en el que, con criterios que se mantendrían en los dos censos nacionales posteriores de 1895<sup>124</sup> y 1914,<sup>125</sup> se sustituyó el criterio sociorracial de análisis de la población por color heredado del Antiguo Régimen por el proporcionado por el nuevo sistema liberal. Este atendía esencialmente al principio universal de ciudadanía y de “nacionalidad” como criterios para clasificar a las personas. Los justificativos para tal decisión deben hallarse no sólo en un criterio ideológico sino también en el reconocimiento por parte de los censistas, no sólo de las dificultades existentes para producir una medición de la raza sino también del hecho de que una parte sustancial de la población de color no podía ser considerada como tal, aceptando claramente el carácter construido y móvil de la raza como así también la inconveniencia de reducirla al mero aspecto físico. El superintendente de ese primer censo nacional expresaba en los más claros términos de la “generación del 37” cuáles eran los problemas que debía enfrentar la nueva administración, al mismo tiempo que insinuaba, igual que en su momento lo había hecho Juan Bautista Alberdi, cómo podían solucionarse. El problema de la nación seguía siendo en 1869 el desierto, en tanto el desierto era entendido como el lugar en que habitaban los indios y los gauchos,<sup>126</sup> es decir, aquellos a los que aún no se había podido convertir ni siquiera en campesinos, por lo tanto, mucho menos en ciudadanos.

En 1870, también durante la presidencia de Sarmiento, Mitre como Rivadavia en 1826 y, en concordancia con la importancia atribuida por Anderson a la serialidad indefinida, fundó el diario *La Nación*,<sup>127</sup> sobre la base del periódico *La Nación Argentina* y la imprenta de Juan María Gutiérrez. El primer editorial se tituló “Nuevos horizontes” y fue escrito por Mitre. Allí señalaba que *La Nación Argentina* que había precedido a *La Nación* había sido un “puesto de combate” mientras que ésta sería “una tribuna de doctrina”

La doctrina a la que se refiere Mitre en ese texto es la de los principios concretos de la Constitución Nacional de 1853-1860. En 1870 la unidad nacional es un hecho que nadie discute, el federalismo ha sido convertido en realidad, los principios entrañables que sirven de base al plan de reformas concretas esbozado en 1852 —después de Caseros— se han incorporado a la Ley Fundamental.<sup>128</sup>

<sup>122</sup> “partiendo de la base que del sustantivo ciudadano nace el verbo civilizar, y de éste la palabra civilización, es claro que la palabra civilización quiere decir propiamente en sí misma *acción de ciudadanos*: o bien sea *acción de hombres de asociación y pueblo*. Por consiguiente también la palabra civilizar significa lo mismo: es decir, *civilizar significa el acto de ponerse en ejercicio la actividad o acción material y moral del hombre ciudadano*” (las cursivas son suyas). Cabral 1863, *op. cit.*, 45.

<sup>123</sup> *Primer Censo de La República Argentina bajo la dirección de Diego G. de La Fuente*. Buenos Aires: Imprenta El Porvenir *Censo Nacional 1869 [1872]*.

<sup>124</sup> *Segundo Censo de la República Argentina, 1895*. Buenos Aires. *Censo Nacional 1895 [1898]*.

<sup>125</sup> *Tercer Censo Nacional levantado el 1 de junio de 1914*, Buenos Aires: Rosso y Cia *Censo Nacional 1914 [1916]*.

<sup>126</sup> “El viejo asunto de los indios, no es tal cuestión de indios, es cuestión de DESIERTO (*sic*). El indio argentino, por sí, es tal vez el enemigo más débil y menos temible de la civilización, bárbaro, supersticioso, vicioso, desnudo, tiene hasta un enemigo en el arma que lleva. Suprimidle del todo, pero dejando el desierto y tendréis enseguida que ocupan su puesto y le reemplazan doscientos gauchos, sobrado numerosos y atrevidos para poner en alarma las fronteras de la mitad de los estados, y tener en jaque y a raya a unos cuatro o cinco mil veteranos. Y al contrario. Suprimid el desierto, este desierto que por todas partes se entromete y nos comprende, ligándonos casi con las orillas de las ciudades y el indio como el montonero desaparecerán sin más esfuerzo”. *Primer Censo Nacional 1869 [1872]*, LIV-LV.

<sup>127</sup> El diario aún pertenece a la familia Mitre y es uno de los de mayor circulación en la Argentina.

<sup>128</sup> <http://www.lanacion.com>

Poco después, en 1873, y ya más dedicado a su tarea de historiador y bibliógrafo Mitre junto a Juan María Gutiérrez, renovaba la importancia de la obra de Azara con la publicación de los *Viajes inéditos* donde Azara<sup>129</sup> se había ocupado de las provincias interiores, lo que le valió la calificación del "Humboldt moderno de esta parte de América"<sup>130</sup> por parte de Mitre.

Poco después, en 1880 se aprobaba la federalización de Buenos Aires, como había solicitado Mitre en 1863 y Rivadavia en 1824, aunque ya no se federalizó todo el estado sino sólo la ciudad con lo que se concretó lo que Shumway ha considerado una larga tradición representativa porteña: la de confundir a Buenos Aires con todo el país.<sup>131</sup> En ese mismo año 1880, con motivo de la conmemoración del centenario de Rivadavia, Mitre lo presentó como el "más grande hombre civil de la tierra de los argentinos, padre de las instituciones libres... raza de hombres selectos cuyo molde rompen y renuevan las naciones cada cien años".<sup>132</sup>

En 1883, cuarenta años después de la publicación de su obra *Facundo o Civilización y Barbarie*, cuando Sarmiento, ya había abandonado la presidencia de la nación, publicó *Conflicto y armonías de las razas en América*,<sup>133</sup> en la que su propuesta de sustitución de los términos políticos de oposición entre unitarios y federales, por la oposición cultural civilización/barbarie, bajo la influencia del positivismo se había tornado más pretendidamente "científica", evolucionando hacia una especie de determinismo racial en el que se advertía la influencia de las obras de Charles Darwin y de las teorías raciales de la época.

En 1887, cuando Mitre presentó la versión definitiva de su *Historia de Belgrano*, luego de las primeras cuatro ediciones desde la primera de 1857, cerrando un círculo de representaciones culturales que se había iniciado con la obra de Azara, algunos viajeros y cronistas extranjeros de la década del 1880 apoyaban sus obras en las de Sarmiento y Mitre, es decir, que la importancia de la serialidad ilimitada planteada por Anderson se comprobaba totalmente. Daireaux, un viajero francés, en su recorrido *Vida y costumbres en el Plata* publicado en 1888, decía

citamos en primer lugar al Dr. Sarmiento y su obra, universalmente conocida: Facundo Quiroga; a general Mitre en su notable historia de la independencia argentina titulada modestamente Historia de Belgrano... Nos hemos permitido añadir a nuestras observaciones personales algunos rasgos tomados a cada uno de estos ilustres escritores.<sup>134</sup>

Como ha señalado Llobera<sup>135</sup> para otros lugares, también en el Río de la Plata (lo que sería la Argentina con posterioridad a 1853) fue también durante el siglo XIX cuando se pudo observar una progresiva fusión entre el nacionalismo cultural y el político a través de la consolidación del estado a través de parámetros etnolingüísticos unificados, una historia

<sup>129</sup> Félix de Azara: *Viajes inéditos ... desde Santa Fe à la Asuncion, al interior del Paraguay, y à los pueblos de Misiones*. Con una noticia preliminar por ... Bartolomé Mitre y algunas notas por ... D. Juan María Gutiérrez. Buenos Aires: Imprenta y Librería de Mayo, 1873.

<sup>130</sup> Citado por Horacio Capel: *Geografía y matemáticas en la España del siglo XVIII*. Barcelona: Oikos-Tau, 1982, 301.

<sup>131</sup> Nichols Shumway: *The invention of Argentina*, Berkeley: 1991 (edición castellana: *La invención de la Argentina. Historia de una idea*, Buenos Aires: Emecé, 1993), 1993, 38.

<sup>132</sup> Bartolomé Mitre: *Centenario de Rivadavia* oración pronunciada en la plaza de la Victoria de Buenos Aires el 20 de mayo de 1880 [1880], Buenos Aires: Institución Mitre, 1945, 11.

<sup>133</sup> Domingo Faustino Sarmiento: *Conflicto y armonía de las razas en América* [1883], Buenos Aires: La Cultura Argentina, 1915.

<sup>134</sup> Emile Daireaux: *Vida y costumbres en el Plata. Tomo primero: La sociedad argentina*, Buenos Aires: Félix Lajouane, 1888, 2 vols., I, XI y 36-37.

<sup>135</sup> Llobera 1999, *op. cit.*, 39.

compartida y un conjunto de mitos y rituales en común<sup>136</sup> que se difundió fundamentalmente a través de mecanismos del estado como la escuela.

## 5. CONCLUSIONES

La construcción de una sociedad con el objeto de delinear un determinado proyecto de nación<sup>137</sup> pudo realizarse en el Río de la Plata, gracias a una selección de representaciones en la que se involucraron, por inclusión o exclusión, diversos sectores de una compleja y matizada vida social. Para garantizar la existencia y perdurabilidad de un proyecto nacional sustentado en una cultura, a la que Bestard ha adjudicado entre otras cosas, la condición de “inconsciente” de la nación,<sup>138</sup> hubo que recurrir a la aculturación o a la represión de las dinámicas culturales de los representantes de una cultura local, rural, “bárbara”, “salvaje” o “incivilizada”.

Si se acuerda que a la construcción de la nación y de las identidades nacionales argentinas la orientó la idea de civilización, representaciones culturales como las de Azara de finales del XVIII, del momento en que se produjo en Europa, más particularmente en Francia, el surgimiento conjunto de las ideas de nación y de civilización en tanto que sociabilidad respetable basada en ciertas costumbres, fueron particularmente influyentes. En el Río de la Plata, en esa última parte del siglo XVIII, en 1776, se produjo un hecho que por su trascendencia en la construcción de la nación puede ser considerado el momento en que comenzó a conformarse una comunidad imaginada: la creación del virreinato del Río de la Plata con capital en Buenos Aires en 1776. Esta propuesta de inicio para el proceso de construcción de identidades nacionales durante la última parte del período colonial, significa proponer que la idea de “civilización” que orientó al proceso de construcción de identidades nacionales rioplatenses ya estaba allí cuando el término “civilización” adquiría y consolidaba en Europa el sentido que le dieron los intelectuales del Plata.

Como ha señalado recientemente Parada

Los hombres que gestaron la Revolución de Mayo fueron individuos formados, intelectual y culturalmente, durante la dominación hispánica. En sus lecturas convivieron la tradición y el cambio, la continuidad y la innovación en una relación dinámica.<sup>139</sup>

En una posición poco habitual en la tradición científica nacional, Parada propone revisar la vieja idea según la cual, la metrópoli habría proyectado sobre las colonias un “cono de sombras” a partir de la restricción en el consumo de libros. Según el autor, cuando hacia 1750, Carlos III impulsó sus reformas administrativas, económicas y políticas, la preponderancia de obras teológicas y jurídicas en latín y español comenzó a ser desplazada por obras de política, economía y educación y por obras literarias francesas e inglesas. Las políticas generales más flexibles con las colonias también beneficiaron a los consumi-

<sup>136</sup> Sobre el tema de los mitos y rituales en la Argentina, puede verse L. Bertoni: “Construir la nacionalidad: héroes, estatuas y fiestas patrias, 1887-1891”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”* 5, setiembre 1992 y L. Bertoni: “Nacionalidad y cosmopolitismo. Las escuelas primarias y un debate sobre el futuro de la Argentina de fin de siglo”, *IV Jornadas sobre Colectividades en la Argentina*, Buenos Aires, 1993.

<sup>137</sup> Tulio Halperín Donghi: *Prólogo a Proyecto y construcción de una nación*, Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1980 (reeditado en 1992 como *Una Nación para el Desierto argentino*, Buenos Aires: CEAL).

<sup>138</sup> Joan Bestard: “Paradoxes of Nation and Kinship: Concrete Relations and abstract ideas”, mimeo, 1999, 4.

<sup>139</sup> Educyt n 86. Educyt, *Noticias de Educación. Universidad. Ciencia y Técnica*, <http://www.fcen.uba.ar/prensa>.

dores de libros con un incremento en la cantidad y variedad de libros importados. A pesar de que existían prohibiciones para ciertos libros eran más una cuestión de forma que de fondo porque, por contrabando, entraba todo aquello que se podía adquirir con cierto poder adquisitivo. Intelectuales y políticos como Manuel Belgrano, que sirvió de modelo a Mitre para inaugurar la historiografía nacional, tenían autorización para leer lo que querían por su función en el Consulado de Comercio, donde era necesario estar al tanto de las nuevas teorías y actualizado académicamente. Como ha demostrado Parada, todas las grandes bibliotecas particulares de Buenos Aires tenían libros “prohibidos” que se prestaban y circulaban sin restricciones.<sup>140</sup>

Si bien no es intención de este trabajo sugerir, como lo ha hecho la historiografía conservadora, la inclusión de la construcción de identidades nacionales en una línea de continuidad con formas de la identidad colonial, sí se propone que, inversamente a lo afirmando por la historiografía liberal, la representación de una comunidad imaginada en términos de “civilización” no comenzó en el siglo XIX, con posterioridad a la emancipación e independencia, y mucho menos al final de la primera mitad del siglo XIX, cuando fue explícitamente formulada por Sarmiento sino antes, al final de la segunda mitad del siglo XVIII. Esto es, que la representación y construcción de una “comunidad imaginada” a partir de la adopción de costumbres orientadas por la noción de “civilización” no fue un proceso que se inició al final de la primera década del siglo XIX como resultado del movimiento independentista o al final de la primera mitad del mismo siglo con la definitiva sanción de una constitución nacional por parte de un poder centralizado, o con la unificación territorial del estado, sino antes, con directa vinculación con los fenómenos que se estaban produciendo en Europa.

Desde la teoría postcolonial, a diferencia de los procesos de construcción nacional de otras sociedades postcoloniales, las vinculadas al mundo anglosajón y francés del siglo XIX y XX –profusamente estudiadas en la actualidad–, en la construcción de las identidades nacionales rioplatenses no hubo un intento de recuperación de las identidades nativas anteriores al período colonial. Las consideraciones de Said sobre sociedades postcoloniales emergentes de los imperios inglés, francés y norteamericano, en el sentido de que

junto con la resistencia armada hubo en casi todos los sitios considerables esfuerzos de resistencia cultural, junto con afirmaciones de identidad nacional y, en el plano político, con la creación de asociaciones y partidos cuya meta común era la autodeterminación y la independencia nacional

no parecen homologarse en el caso rioplatense. Mucho menos lo parece, al menos a primera vista, la afirmación, también de Said, de que

nunca se dio el caso de que un activo agente occidental tropezase con un nativo no occidental débil o del todo inerte: existió siempre algún tipo de resistencia activa, y, en la abrumadora mayoría de los casos, la resistencia finalmente triunfó.<sup>141</sup>

Al contrario, la construcción de identidades nacionales en el Río de la Plata se caracterizó por una voluntad de construir una “nueva” identidad para la nación capaz de prescindir –o de ocultar, según han propuesto algunos estudiosos– no sólo las identidades nativas precoloniales, sino también de negar –a pesar de lo difícil del intento– las identidades emergentes de tres largos siglos coloniales. De hecho, ese camino de construcción de iden-

<sup>140</sup> Alejandro E. Parada: *El mundo del libro y de la lectura durante la época de Rivadavia. Una aproximación a través de los avisos de La Gaceta Mercantil (1823-1828)*, Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas, 1998.

<sup>141</sup> Said [1993] 1996, *op. cit.*, 12.

tidades nacionales basado no sólo en la delineación obsesiva de un futuro en común sino también en la negación sistemática de un lugar para el pasado prehispánico y colonial, tuvo dificultades a la hora de establecer el origen de la nación. Como señaló Renán, y retomó Anderson, para la construcción una nación y de su origen, es preciso acordar sobre un conjunto de “errores históricos”, cruciales en la creación de una identidad nacional.<sup>142</sup> Como agrega Renán, en tanto casi todo origen nacional está signado por la violencia, puede suceder que el progreso de los estudios históricos sea peligroso para la estabilidad de la nación,<sup>143</sup> porque puede poner en cuestión esos “errores históricos”. En consecuencia, la esencia de la nación, también de la rioplatense, debe buscarse no sólo en las muchas cosas que todos sus integrantes tuvieron –y tienen– en común sino también en las muchas cosas que han sido capaces o están dispuestos a olvidar.<sup>144</sup>

En ese sentido, una mirada desprevénida sobre la organización del estudio de la historia nacional en general y sobre los más prestigiosos, masivos e influyentes manuales de historia de casi todas las épocas podría sugerir el éxito conseguido a la hora de prescindir de las identidades nativas y de las coloniales en la creación de la nación y de las identidades nacionales por parte de los intelectuales del XIX. De hecho quizás podría concluirse que parecieran haber logrado hacer coincidir el origen de la nación con el movimiento emancipador y con la independencia y, con ello, ahorrar el trauma del origen violento del que hablaba Renán. Sin embargo, a poco de andar, es posible advertir que no sólo fue difícil negar las identidades prehispánicas sino también imposible ocultar las coloniales porque, a pesar del acendrado espíritu antiespañol registrable en los intelectuales de la construcción de la nación del siglo XIX, debieron decidir sobre un origen para la nación que los condujera al punto de inflexión glorioso de la emancipación y, entonces, decidieron instalarlo en la fundación española de la ciudad de Buenos Aires, luego capital del virreinato del Plata. Una decisión que soslayó, no sin dificultades, la existencia de un conjunto de ciudades “del interior” más antiguas, como Santiago del Estero, Salta y Córdoba entre otras.

Mayores dificultades hallaron a la hora de encajar el hecho de que, en realidad, fue la segunda fundación de la ciudad de Buenos Aires definitiva, es decir, la realizada por una corriente colonizadora mestiza procedente de Asunción del Paraguay y no por una procedente de Europa –como lo fue el primer intento fracasado de Pedro de Mendoza–. Un fracaso que se justificó en la actitud indígena y en los problemas ocasionados por una mujer,<sup>145</sup> los que permitieron recuperar para la ciudad de Buenos Aires –esto es, para toda la nación– un origen “más digno” que el de un poblamiento mestizo paraguayo. Una decisión, finalmente, que escogió rescatar –aunque sin explicitarlo– a las identidades coloniales, antes que a las nativas.

Chartier ha señalado que en la Francia posterior a 1750, la verdadera autoridad se hallaba desarticulada del poder y la política separada de la administración, por lo que la vida política sólo podía ser transferida a la literatura –“expulsada” a la literatura–, dirá Tocqueville. La politización de la literatura fue, al mismo tiempo, una “literaturización” de la política transformada en expectativa de ruptura y sueño de la “ciudad ideal”.<sup>146</sup> En el

<sup>142</sup> Renán [1882] 1990, *op. cit.*, 11.

<sup>143</sup> *Idem.*

<sup>144</sup> *Idem.*

<sup>145</sup> Para un análisis de Lucía Miranda y el fracaso de la primera fundación de Buenos Aires puede verse Diana Marre: “Género y etnicidad. Relatos fundacionales y omisiones en la construcción de la nación argentina”, *Historia Contemporánea*, 21, 2000.

<sup>146</sup> Roger Chartier: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa* [1991], Barcelona: Gedisa, 1995, 25.

caso rioplatense, la “ciudad ideal” fue la de Buenos Aires, cuya identidad —la “porteña”— fue confundida con —o asimilada a— la identidad nacional.<sup>147</sup>

Es difícil decidir con Said, si los imperios británico, francés y norteamericano poseyeron una “centralidad cultural especial y una coherencia única” que, por comparación, muestra a los imperios español, portugués o ruso menos imperialistas a la hora de incluir las identidades coloniales como fundantes. Antes que ello, pareciera que esa “centralidad cultural y coherencia única” de los imperios más recientes debe relacionarse con la consolidación del “proceso civilizatorio” de la última parte del siglo XVIII. Una idea, la de “civilización occidental” que, resemantizada de diferentes maneras, se mantiene en Europa hasta la actualidad mostrando y exportando la misma imagen de centralidad cultural y de coherencia que a fines del siglo XVIII, incluso a través de esa especie de “provincianismo eurocéntrico” que mencionó Anderson en el balance de la primera edición de su obra.

No obstante, es imposible negar que la intención de instalar el origen de la nación en la emancipación, coloreó todo el análisis identitario sugiriendo periodizaciones poco funcionales para la comprensión del proceso de construcción de la nación y de las identidades nacionales. Sin embargo, sería poco realista y honesto adjudicar la existencia y perdurabilidad de un consenso sobre ese “error histórico” sólo a un problema de periodización. Se trata de un “error histórico” que, al ubicar el origen del proceso de construcción de la nación en la emancipación, contribuyó a vincular la nueva nación a los nuevos imperios de “centralidad cultural y coherencia única”, esto es, a Inglaterra y Francia —primero— y a Norteamérica —más tarde—, al tiempo que la desvinculaba del “viejo” imperio español. Sin embargo, lo que el prejuicio antiespañol independentista no previó, fue la influencia de la circulación de las representaciones culturales que se produjo a través del “capitalismo impreso”,<sup>148</sup> desde la última parte del siglo XVIII, que contribuyó a que la idea de civilización vinculada a la de nación ingresara al ideario local de la mano de la administración colonial española o de sus funcionarios y se difundiera a través de la serialidad indefinida, periódicos, literatura e historia. Es por ello que las representaciones culturales que acompañaron el proceso de construcción de identidades nacionales rioplatenses pueden hallarse desde la fundación del virreinato del Río de la Plata en 1776 hasta el inicio de la “Argentina moderna” o de la “organización nacional”, en la misma década del siglo XIX. Se trata de los cien años necesarios para consolidar las fronteras externas del territorio imaginado para la nación y para suprimir la fragmentación interior a través de la difusión de una sociabilidad orientada por la idea de civilización. Es esa idea de civilización tras el proyecto de construcción de las identidades nacionales rioplatenses la que permite una periodización más apropiada para el análisis de la nación argentina que aquella tradicionalmente asentada en la ruptura del orden colonial. Una nueva periodización histórica que hallará mejores fundamentos si adopta una perspectiva capaz de minimizar ciertos aspectos fácticos o políticos del devenir local orientados por las oposiciones binarias metrópoli-colonia o élites metropolitanas-élites coloniales y enfatiza una mirada más centrada en elementos culturales de la construcción nacional como la literatura y la historia, la memoria y el olvido, difundidos a través del capitalismo impreso.

<sup>147</sup> Ver, entre otros, la trascendente obra del sociólogo argentino Juan Agustín García, *La ciudad indiana*, editada a principios del presente siglo, en la que, sin lugar a dudas asimilaba a la ciudad de Buenos Aires, con el país, la nación y la patria argentina. “Ese progreso indefinido, ese porvenir brillante que profetizaba la teoría [liberal], en ninguna parte se realizaría mejor que en Buenos Aires, país nuevo, con recursos inagotables” (la cursiva es mía). Juan Agustín García: *La ciudad indiana. Buenos Aires desde 1600 hasta mediados del siglo XVIII* [1900], Buenos Aires: Antonio Zamora, 1955 (hay una edición reciente en Buenos Aires: Ciudad Argentina), 396-397.

<sup>148</sup> Anderson [1991] 1993, *op. cit.*